



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE  
MÉXICO**

---

---

**FACULTAD DE ECONOMÍA**

**“MÉXICO : REFORMAS  
ESTRUCTURALES Y ESTANCAMIENTO  
1985 – 2013”**

**T E S I S**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN ECONOMÍA**

PRESENTA

***RICARDO FERNANDO BECERRA LAGUNA***

*Asesor de tesis*

*Rolando Cordera Campos*



MÉXICO D.F.

ENERO 2015



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***Por Inés y para su Mamá.***

***A la memoria de doña Nicolasa.***

***A la memoria de Jorge Carpizo***

*Aquel defecto de sociabilidad que es general en las posesiones españolas, los odios que dividen las castas más aproximadas entre sí, y por efecto de las cuales se llena de amargura la vida de los colonos, vienen únicamente de los principios de la política con que desde el siglo XVI, han sido gobernadas esas regiones. Un gobierno ilustrado en los verdaderos intereses de la humanidad, podrá propagar las luces y la instrucción, haciendo desaparecer poco a poco aquella monstruosa desigualdad de derechos y fortunas: pero tendrá que vencer inmensas dificultades, cuando quiera hacer sociables a los habitantes y enseñarlos a tratarse mutuamente como conciudadanos.*

*Alejandro de Humboldt.*

*Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España.*

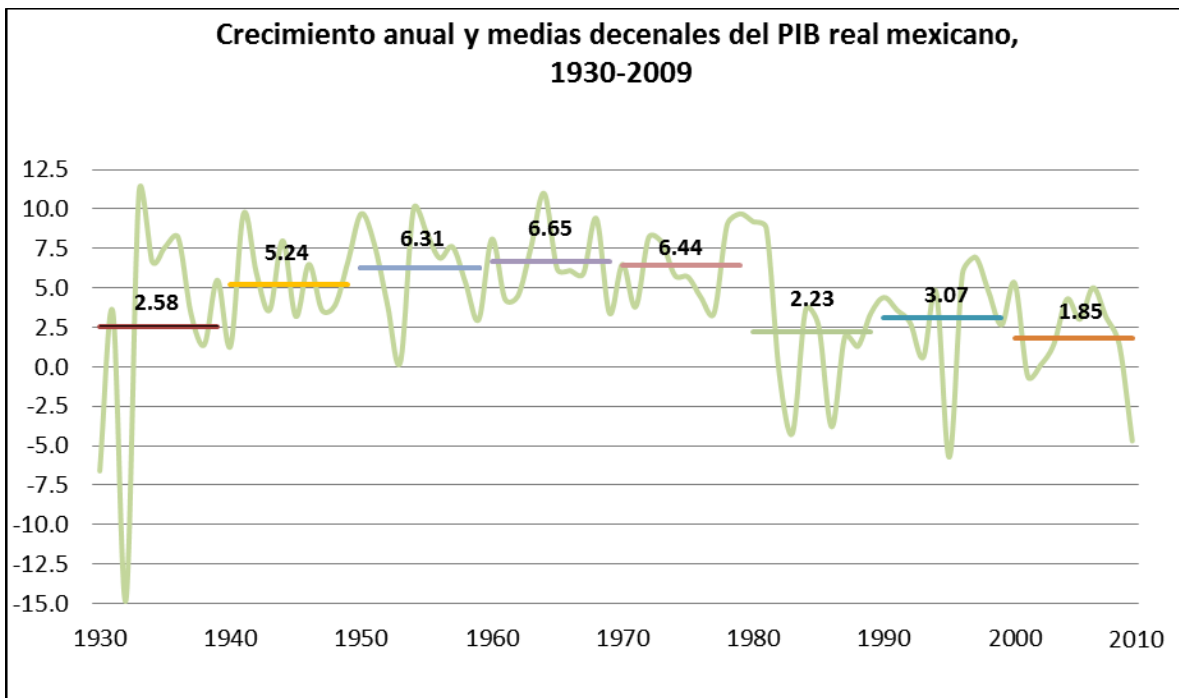
## INDICE GENERAL.

Introducción.....	p. 4
Capítulo I. La moral del estancamiento económico.....	p. 6
Capítulo II. Transiciones yuxtapuestas.....	p. 11
Capítulo III. Hegemonía de los zombies.....	p. 13
Capítulo IV. Los ricos no son suficientemente ricos, los pobres no son suficientemente pobres.....	p. 19
Capítulo V. Una reforma estructural para la redistribución.....	p. 34
Capítulo VI. El silencio de los corderos.....	p. 43
Capítulo VII. Pero ¿es el momento más desigual?.....	p. 48
Colofón.....	p. 53

## INTRODUCCIÓN.

Empecemos con la simple mirada a esta gráfica. Omitan –en lo posible- cualquier teoría, explicación o prejuicio previo heredado de algún economista muerto (o vivo). Sólo concéntrense en los datos, todos oficiales, debidamente comparables.

Es el arco completo de 80 años de actividad económica en México, un electrocardiograma del PIB a largo plazo, y de modo muy importante, el promedio de crecimiento ocurrido década tras década, desde el año 1930 y hasta la primera década del siglo XXI<sup>1</sup>.



Fuente: Elaboración con información de INEGI. Los datos a partir de 1930 a 1959 son de la publicación *Estadísticas Históricas de México*, tomo I, precios de 1970; de 1960 a 1993, corresponden a la publicación del *Sistema de Cuentas Nacionales de México*, oferta y demanda global y PIB anual, precios de 1980. De 1994 en adelante los datos son del Banco de Información Económica BIE-INEGI a precios de 2003. La gráfica considera ya el cambio de año base a 2008 en el Sistema de Cuentas Nacionales (INEGI ajustó los datos de 1994 en adelante).

La primera impresión permite formular seis observaciones:

1) La peor caída del producto mexicano ocurrió en medio de la gran depresión, hasta un abismo del -14.8 por ciento, en 1932. Eran los meses en que las políticas del *New Deal* en Estados Unidos y más allá, apenas emprendían su marcha. Pero en cuanto surgieron sus

<sup>1</sup> Gráfica debida al economista Enrique Provencio y publicada con el autor de este texto en el periódico Reforma, 04 Oct-2010. *La década perdida*.

efectos, también vemos el más espectacular rebote positivo (en “V”) ocurrido en nuestro país: al año siguiente el crecimiento rondaba ya el 11 por ciento, o sea una oscilación destrucción-creación de riqueza que involucró una cuarta parte del producto nacional.

2) El impulso distributivo cardenista y la industrialización, treparon a la economía a niveles del 5 por ciento y la mantuvieron ahí, en un sendero estable y con crecimiento por toda una década.

3) En 1953, Ruiz Cortines vio descender el producto a una tasa “pavorosa e inaceptable” (como él mismo la describió<sup>2</sup>) del 0.3 por ciento. No obstante, la decisión planeada para devaluar el tipo de cambio –hoy inimaginable y convertida en tabú- puso las condiciones para “el milagro” de las siguientes dos décadas. De hecho, en los años que van de 1950 y hasta la puerta de los ochenta, el promedio de crecimiento del PIB alcanzó la tasa de 6.46 por ciento, casi exactamente la que han sostenido India y Brasil en los últimos 15 años.

4) Luego, ese modelo implosionó ante el cambio del mundo y la inviabilidad de sus propios excesos. Como se ha dicho, fue una fractura geológica que marca una nueva edad para la economía mexicana: el famoso cambio de modelo, se decía, hacia uno “más eficiente, productivo, competitivo y abierto al mundo”. Las siguientes tres décadas –las de nuestra generación- son la historia de ese cambio y su consolidación.

5) El hecho notable de estos treinta años es el nuevo nivel en el que se mueve la actividad económica: de tasas que rebasaron el seis por ciento en los años 50 a los 70 (durante las 3 décadas previas), pasamos a otras que con dificultad arañan la tercera parte. Y algo más, las oscilaciones son más pronunciadas y la inestabilidad también: en los años ochenta, pero sobre todo en los noventa y en la primera década del siglo XXI hemos vivido las caídas del producto -la destrucción neta de riqueza- más agudas desde los treinta. Casi -7.0 en 1995 y -6.0 en 2009 exhiben una época que protagoniza descensos en la economía nacional, los más profundos, desde 1932.

6) Se suponía que los ochenta sería la década en la que los mexicanos pagaríamos la exuberancia, irracionalidad e incompetencia del modelo corporativo y proteccionista previo. Sangre, sudor y lágrimas indispensables que nos pondrían en la antesala de la globalización y la prosperidad. Pero no ocurrió: los noventa no llegaron ni siquiera a la mitad del promedio de los años 50-70 y lo peor, la primera década del siglo XXI acusa el peor desempeño económico nunca antes registrado, por debajo incluso de la década de los años treinta, la de la Gran Depresión, con Segunda Guerra Mundial incluida.

---

<sup>2</sup> Ortiz Mena, Antonio. **El desarrollo estabilizador: reflexiones sobre una época.** El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica. México, 1998.

Los resultados del cambio vivido desde los ochenta reclaman una explicación. ¿Qué ocurrió en México con su ajuste y su larga tanda de reformas estructurales? ¿Qué pasó con su liberalización económica, en el sector externo, el financiero, agrícola, industrial, etcétera? ¿No compartirán esas reformas algunas responsabilidades en el fracaso de casi treinta años?

Hubo un tiempo en que los años ochenta fueron vistos como la peor década de la historia económica nacional. Pero no. La peor década en materia económica ocurrió hace poco, con ella iniciamos el siglo XXI.

El presente texto propone una descripción con cifras actualizadas, tanto como nos sea posible. Se trata de una aproximación a los niveles de desigualdad actual en México (hasta el año 2014) y cómo han impactado la instauración democrática y las reformas estructurales y sus muchos arreglos, en el desenlace de la inequidad social en el país.

Pediremos auxilio de otras disciplinas, especialmente de la ciencia política y de la sociología, con el fin de explicar la persistencia de políticas tan claramente fracasadas (“zombies” como insiste Mark Blyth). Deliberadamente no acudimos al Índice de Gini como herramienta típica de medición de la desigualdad, pues existen estudios muy sofisticados que se basan en él (cuestión que se discute en el capítulo VII). Nuestra apuesta es, por el contrario, recolectar muestras de largo plazo del ecosistema económico mexicano, mediante estadísticas sencillas y cómo ellas dibujan el tipo de economía y de sociedad contemporáneas.

El ensayo, tampoco quiere arrojar para luego comprobar una hipótesis pre- vista, sino más modestamente, ofrecer un panorama de la “cuestión social” en trazos gruesos; quiere ser una fotografía del presente documentada, nutrida de cifras y de datos, todos comprobables y producidos por instituciones oficiales. Las propias cifras nos conducen a una conclusión muy inquietante y a un par de propuestas que se argumentan brevemente. Así, este trabajo planteará una revisión no tanto sobre las razones ni sobre el contenido de las reformas liberalizadoras (“estructurales” como se les llama) sino sobre sus consecuencias generales en los números, para la sociedad, la macroeconomía, el crecimiento y el estado de la democracia en México.

## **I.- LA MORAL DEL ESTANCAMIENTO ECONÓMICO.<sup>3</sup>**

Los que tocaron las puertas del mercado de trabajo en los primeros años ochenta forman parte de una generación de mexicanos –quizás la primera desde la Revolución- que creen

---

<sup>3</sup> El presente texto es una actualización y desarrollo de dos textos del autor, publicados en diferentes momentos: *La moral del estancamiento económico*, en **Nexos num. 356**, agosto de 2007, y *Los últimos treinta años* (Introducción al libro **Equidad social y Parlamentarismo**), Siglo XXI editores, México, 2012.

que sus hijos ya no podrán vivir mejor que ellos. Una convicción lúgubre, reiterada un año sí y otro también, al menos desde la mitad de la década pasada<sup>4</sup>.

No hemos caído en cuenta de la rotundidad y profundidad de esta condición, convertida ya en el clima social de la época. Los datos, las cifras y argumentos que se presentan aquí, muestran que no cruzamos por el “pasaje de Huntington” (insatisfacción por expectativas crecientes de una clase media que se expande)<sup>5</sup>; que tampoco vivimos en una sociedad trastornada por sus inveteradas manías depresivas (una potencia adulta que actúa como adolescente acomplejado)<sup>6</sup>, sino que por el contrario, los mexicanos de a pie tienen (tenemos) muchas y buenas razones para sentir una vasta inseguridad y una escasa confianza en el presente y en lo que depara el porvenir.

Como se intenta documentar aquí, nuestro país está lastrado por enormes fracasos sociales que envuelven y marcan al espíritu de nuestro tiempo; el boom delincencial implantado en nuestra sociedad y el resultado del combate al crimen organizado son, tal vez, el ejemplo más desesperanzado, pero no son el único. Menos discutido es el acomodo territorial de la población revelado (otra vez) por el Censo de 2010. Allí se confirma el carácter “bipolar” de nuestra sociedad y la configuración espacial de la pobreza: por un lado amontonados en cinturones de miseria alrededor de ciudades astrosas habitadas por millones, mientras que otra cuarta parte de los mexicanos se dispersa en pequeños poblados –a menudo irregulares y expuestos– a los que resulta imposible dotar de servicios esenciales. En parte por eso y en parte por el tipo de economía que se ha cincelado en México durante las últimas décadas, el número absoluto de pobres no sólo no se ha contenido sino que ha seguido creciendo: de 47 millones en 1994 a 61.3 millones en 2012. Las cifras de largo plazo aparecen así:

### **LA POBREZA EN MÉXICO MEDIDA POR INGRESO EN LA ERA DE LAS REFORMAS ESTRUCTURALES<sup>7</sup>**

#### **(Número y porcentaje de la población)**

---

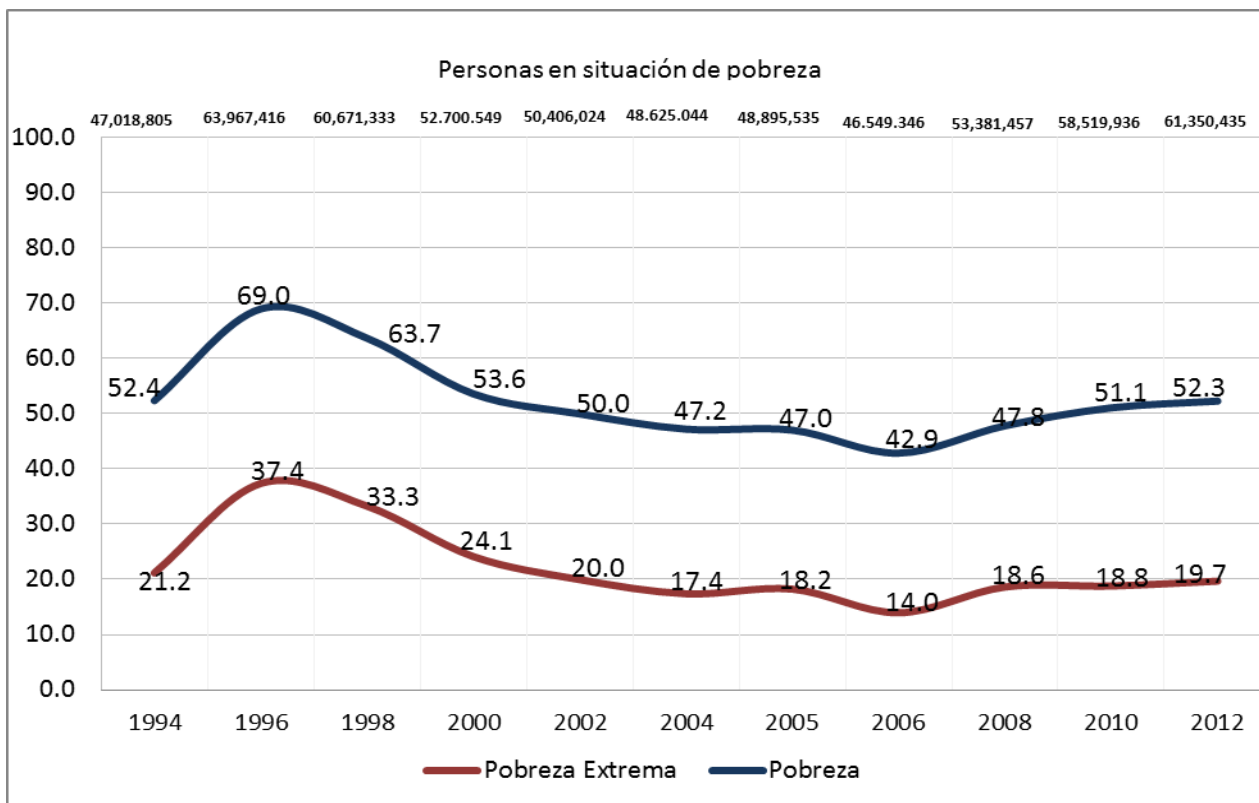
<sup>4</sup> Se trata de una tendencia verificable gracias al Latinobarómetro, cuyas encuestas sistemáticas anuales –incluida la de 2013– confirman el dato, al menos desde el informe correspondiente al 2003.

<sup>5</sup> Huntington, Samuel P. **El orden político en las sociedades en cambio**. Paidós, España, 1971, pp. 92-97.

<sup>6</sup> Como sostienen Aguilar Camín, Héctor y Jorge G. Castañeda, en **Una agenda para México 2012**. Punto de lectura, México, 2012.

<sup>7</sup> Fuente: CONEVAL. <http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/Evolucion-de-las-dimensiones-de-la-pobreza-1990-2010-.aspx>





*Fuente: Elaboración propia con datos de CONEVAL*

20 años de cambios, globalización y reformas, pero la población pobre ha crecido en números absolutos, a pesar de su parsimoniosa reducción en el lapso que va de 1998 a 2006, se ha mantenido su proporción relativa, y al cabo, sigue representando más de la mitad de la población (el 52.3% en 2012). El saldo: 61 millones de pobres, 20 de ellos extremadamente pobres, tras un cambio económico mayor y luego de dos virulentos episodio de crisis financieras –nacional- en 1995 e internacional, en 2009.

Independientemente de cuál sea nuestra postura política, ideológica o nuestro estado de ánimo, es incontrovertible que nuestra economía no han podido ofrecer un futuro mejor a más de la mitad de la población, erigiéndose como fuente primaria de nuestra decepción social.

Tales fracasos se aferran al presente alimentados por otro fallo de carácter epocal y que ni siquiera se reconoce como tal, en los más influyentes espacios del *mainstream* público: el fracaso del arreglo económico luego del intenso reformismo liberalizador de los años ochenta y noventa, resucitado hoy mismo, mediante la novísima agenda de “reformas estructurales” blandidas por el Presidente Peña y vehiculadas –con suerte contradictoria- mediante el “Pacto por México”. O dicho de otro modo: es imposible explicar lo que somos, creemos y percibimos al terminar la primera década del siglo XXI sin revisar

seriamente la base material sobre la cual se ha erigido la sociedad mexicana de las últimas tres décadas.

Veamos algunos datos de largo plazo. En términos reales, el crecimiento del PIB fue de 1.8 por ciento anual en promedio entre 2000 y 2009 (incluidos ya los efectos de la crisis financiera mundial). Aún y con la tasa de 3.9 por ciento en 2011 y 2012, el crecimiento per cápita en los últimos 12 años -ajustadas las cuentas con los resultados del Censo 2010- se acerca al 0.4 por ciento anual en promedio, es decir, un estancamiento neto durante toda la primera década del siglo XXI<sup>8</sup>.

	<b>1980-89</b>	<b>1990-99</b>	<b>2000-2009</b>
<b>Promedio del Crecimiento del PIB</b>	<b>2.23</b>	<b>3.0</b>	<b>1.84</b>
<b>Promedio del crecimiento del PIB p/cápita</b>	<b>-1.8</b>	<b>1.7</b>	<b>0.6</b>

Algunos arguyen que es responsabilidad del partido que estuvo en el gobierno (PAN) en esos años, pero en verdad el problema es más profundo y viene de más lejos. Durante el periodo de 1990-2000: 3 por ciento para el crecimiento promedio anual y de 1.7 por ciento para el producto por persona.

Pero el estancamiento es incluso anterior: la década de los ochenta, vio crecer al producto promedio anual en 2.23 por ciento, mientras que el PIB per cápita no sólo no avanzó sino que retrocedió a tasas de -1.8 por ciento al año. Así las cosas, lo extraño, lo que resultaría extravagante es que, dados esos resultados materiales de tres décadas, la sociedad mexicana abrazara expectativas huntingtonianas y una actitud esperanzada hacia el futuro. El pesimismo es real porque tiene bases duras y se ha implantado entre nosotros durante una generación completa.

De este modo, si proyectamos la película rápida de los últimos treinta años, la afirmación resulta más elocuente: los ochenta son los años en que llegaron a tuntas las reformas liberalizadoras con su ambición de insertar a México –casi a cualquier precio- en la globalización; los noventa son los años de la excitación reformista, el momento en que cuajaron la mayor cantidad de cambios estructurales y de mayor envergadura (hasta los años 2013-2014) -como el Tratado de Libre Comercio, con su gran efecto expansivo por una vez al cruce de los siglos<sup>9</sup>-. Finalmente, la primera década del siglo XXI ha sido la fase

<sup>8</sup> Los datos que se presentan incluyen ya el cambio de base (2008) propuesto por INEGI. El promedio de crecimiento del PIB per cápita incluyen precios constantes y población a mitad de año.

<sup>9</sup> Así lo sostienen José I. Casar y Jaime Ros en *¿Por qué no crecemos?* Nexos núm. 322, México, octubre 2004.

en que la liberalización se hizo burocracia e inercia, la década consagrada a la estabilidad macroeconómica y su “cultura”. Con sus variantes, eventos formidables o sombríos, matices y contrastes, las tres últimas décadas son las más decepcionantes desde el punto de vista del desarrollo económico en México, al menos desde la Revolución. Y ésta es la fuente principal del abatimiento moral en nuestra época<sup>10</sup>.

Los resultados que arrojan los últimos treinta años, decíamos, reclaman una explicación. ¿Qué pasó con las reformas liberalizadoras? ¿Qué han producido realmente los cambios estructurales engendrados por la última modernización mexicana, la que va de los años ochenta hasta la fecha? ¿Qué pasará con su nueva edición cuya reforma emblemática ha sido la reforma energética?

Lo que importa señalar de momento, es que sobre ese escenario se han enraizado un buen número de patologías sociales, empezando por la ansiedad, derivada a su vez del miedo a perder el empleo, la incertidumbre respecto del futuro, los ingresos insuficientes para insertarse al mercado, la cancelación de la movilidad social, la aprensión por quedarse fuera del consumo y los circuitos de seguridad social.

Y los datos vuelven a ser ominosos: antes de sufrir y contabilizar el rigor de la crisis financiera en 2009 -y su caída del producto del -6 por ciento (2003 año base), el Consejo Nacional de Evaluación de la Pobreza (CONEVAL) informaba que el 44.6 por ciento de la población mexicana (48 millones) era miserable o pobre, pero también afirmaba que el otro 37.5 por ciento de la población es vulnerable al desempleo, la enfermedad no atendida, las contingencias de una vida sin asideros en la seguridad social, lo que coloca a otros 42 millones de mexicanos en una condición de incertidumbre permanente, insisto, antes de los estragos del estremecimiento global de 2009.

Quiero decir: la “estabilidad” aplaudida durante todo el primer decenio del siglo XXI rindió frutos lentamente, de manera insuficiente y ni siquiera fue capaz de asegurar a la economía en contra de retrocesos o caídas tan profundas como las precipitadas en 2009.

---

<sup>10</sup> Como lo ha entendido muy bien la mejor tradición de la economía política (desde Smith): la falta de crecimiento económico no solo causa un daño material en términos de infraestructura insuficiente, deterioro de la existente, rezago tecnológico, legiones de desempleados, ahorro estacionado, bolsones de miseria, expulsión de millones, etcétera; quizás su principal consecuencia sea el daño moral causado y que nos tiene metidos en un círculo vicioso: estancamiento que genera un ánimo pesimista; ánimo que no permite creer ni generar expectativas que provoque la inversión; lo que vuelve a inhibir y contraer el crecimiento. Benjamin Friedman, economista de Harvard, explica muy bien esta concatenación entre economía y moral pública, a menudo ignorada por nuestras discusiones. En *Las consecuencias morales del crecimiento económico (The moral consequences of economic growth)*, A. Knopf, Publisher, New York, 2005), Friedman afirma “Nuestras convenciones y creencias acerca del crecimiento económico no reflejan la amplitud de lo que el crecimiento o su ausencia significan para una sociedad... El crecimiento es valioso no sólo por nuestra mejora material sino también por la manera en que afecta nuestras actitudes sociales y nuestras instituciones políticas, en otras palabras, por lo que afecta al carácter moral de nuestras sociedades”.

## II.- TRANSICIONES YUXTAPUESTAS.

Pero no todo lo que ocurrió en México durante estos años puede considerarse un fracaso social; de hecho dos de sus procesos estructurales más importantes en el largo plazo resultaron, al cabo, bastante exitosos: un drástico tránsito político democratizador, junto al alumbramiento de una nueva demografía nacional, un cambio que rompe la estratificación clásica de edades; dos circunstancias que no había vivido México en toda su historia y cuyas consecuencias sociales y culturales se han instalado entre nosotros y serán duraderas.

La confirmación de una tendencia consistente que está provocando no sólo un número de hijos por pareja cada vez menor (hasta el último Censo 2010), sino un franco corrimiento hacia el futuro, con más jóvenes, adultos y sobre todo mujeres productivas en edad de trabajar. Y como correlato, menos niños y viejos dependientes de una fuente que les procura manutención en el hogar.

Ese cambio, ocurrido al amparo de las primeras y eficaces políticas de planificación familiar, ha dado un respiro al descomunal crecimiento de las necesidades nacionales, pero durará sólo dos décadas. De hecho, hace varios años que entramos al periodo del bono demográfico y muchos de los hogares son sostenidos ahora no por un ingreso, sino por dos, y es debido a eso –a la estructura demográfica- que aparecen mayores satisfactores y un tipo de consumo más moderno en las familias. Este efecto (más el cambio tecnológico y el abaratamiento de ciertos bienes y satisfactores) ha generado a su vez la ilusión de un México “clasemediero”.

Mirar en la sociedad mexicana actual una ampliación efectiva de las clases medias puede inyectar una dosis de optimismo (que necesita con urgencia el espíritu de nuestro presente) pero no debería engeguercer ni llevarnos a la incomprensión, mucho menos al autoengaño, pues la mejora de los estándares de vida de varios millones proviene de la demografía, no de la economía. Puede mitigar momentáneamente los costos del estancamiento, pero no podrá sustituir al crecimiento económico al cruce de las próximas dos décadas.

Así, sin encontrar la fórmula del crecimiento, metidos en la tercera década del siglo XXI, volveremos a ser un país de personas mayoritariamente dependientes –pero esta vez viejas- un país que nunca pudo convertir en prosperidad su oportunidad demográfica.

En el terreno de la política ocurrió también otro tránsito histórico: desmontar un sistema autoritario para crear uno nuevo, más libre, democrático. Desde 1977 México vio desfilar un conjunto de novedades políticas que pudieron construirse mediante la sucesión de

cambios pactados. La reforma electoral de 1977 disparó la flecha que en su trayectoria obligó a cambiar el mundo político y electoral en 1986, en 1989-90, en 1993-94 y 1996.

En política, desde 1977, hemos visto de todo “por primera vez”: alcaldes de oposición en las principales ciudades del país; la izquierda –antes excluida de la legalidad- gobierna con naturalidad la capital de la República y otras entidades de importancia; alternancia en las gubernaturas de decenas de estados del país; recuperación del otrora partido hegemónico en condiciones ahora competitivas; creación de nuevas instituciones que confirman los contrapesos al ejercicio del gobierno; creciente autonomía del Poder Judicial y muy especialmente, el Congreso de la Unión, que de ser un apéndice subordinado al Ejecutivo, se convirtió en el principal órgano constitucional de discusión y control sobre el Presidente de la República.

Así pues, vivimos un cambio de enorme magnitud y de grandes consecuencias que modificó profundamente esa realidad que llamamos Estado federal y régimen presidencial. El *quid* de la conquista democrática de México es que el país supo apostar a un cambio profundo, pero sin violencia, pactando, negociando, usando la arena electoral para resolver la relación de fuerzas, tomando los recursos políticos de las elecciones y apelando a millones de votantes.

Es mucho más que un cambio de las personas o del partido que gobierna, pues nunca en la historia independiente México había podido transmitir el poder ejecutivo de manera legal, pacífica y ordenada. Todos los intentos de cambio democrático en el gobierno acabaron despeñándose en el caos, el golpe militar o la guerra civil. La transición democrática del fin del siglo XX logró que esto no ocurriera, en buena medida por su forma, por el aprendizaje social y político que acumuló a lo largo de los años y por las recurrentes y asiduas negociaciones entre actores y grupos enfrentados.

Amparadas por ese interregno reformista, las maquinarias partidistas, cada vez más poderosas, ocuparon más y más posiciones en el Estado nacional y estuvieron mejor dotadas para competir. El Estado, otrora monocolor, otrora habitado por un solo partido, fue lentamente *colonizado*<sup>11</sup> por una multitud de fuerzas, partidos, coaliciones distintos. El Estado mexicano se “pluralizó”, y al hacerlo cambió su rostro, su funcionamiento, las reglas de su operación y su representatividad. Dejó de existir un polo de mando único y por eso, el gobierno se hizo mucho más complejo. El poder político se dispersó. Es el mismo Estado y otro muy distinto. Formalmente, el Estado representativo, federal, democrático que señalaba la Constitución desde 1917, realmente empezó a serlo cuando la fuerza y la pluralidad de los partidos echó a andar toda la maquinaria de equilibrios

---

<sup>11</sup> Véase, Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg. **La mecánica del cambio político en México: elecciones, partidos y reformas**. Editorial Cal y Arena, 2000.

constitucionales, la misma que se hallaba enmohecida por el largo periodo de partido casi único en el que había copado casi todo: diputaciones, senadurías, gubernaturas, presidencias municipales, etcétera. Este tránsito -valioso en sí mismo- sin embargo, también ha quedado ensombrecido por el pesimismo que proviene no solamente de sus propios problemas y deformaciones sino, una vez más, por la economía y el peso del estancamiento. Como hemos dicho, consistentemente desde 2003, los mexicanos confirman en el Latinobarómetro su desconfianza en el futuro, en una vida mejor para la siguiente generación y esa desconfianza se asocia y encuentra responsables casi únicos a los partidos, los políticos, la política y peor, a la vida democrática misma.

Esta es la base explicativa de este ensayo: el rostro de México se dibuja por tres transiciones profundas, simultáneas y yuxtapuestas que ocurrieron en las últimas tres décadas: transformación económica, cambio demográfico y transición política. El resultado neto de su cruce y de sus consecuencias han esculpido -y de hecho son- la época contemporánea.

### **III.- HEGEMONÍA DE LOS ZOMBIES<sup>12</sup>.**

Los datos del largo y del corto plazo conspiran contra el crecimiento, es decir, contra la única posibilidad que tenemos de prosperidad y bienestar. En 2010 el país logró un “rebote” significativo y el producto interno creció a una tasa de 5.5 por ciento. Eso nos alcanzó para sostener una magnitud del producto de 8,762 (miles de millones de pesos); no obstante, como la caída fue tan profunda, entramos al 2011 con un nivel de riqueza nacional dos por ciento menor que en diciembre de 2008 (8,926).

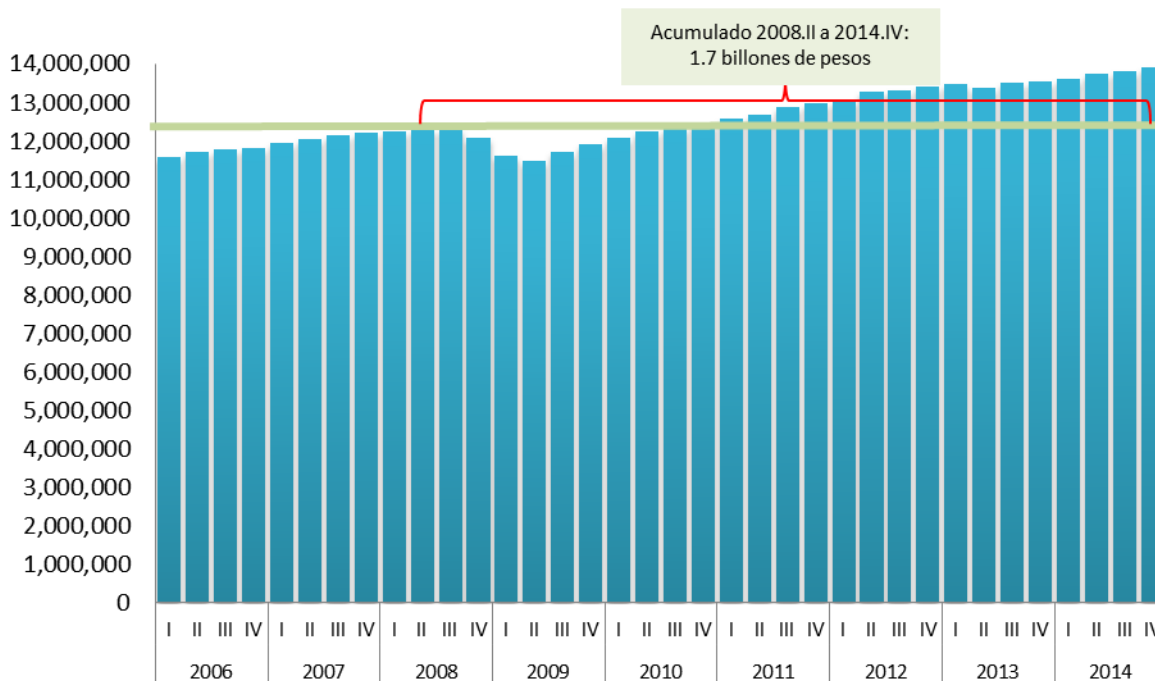
Confiados en la recuperación norteamericana, los gobiernos mexicanos esperaban su remolque en los siguientes años, pero no llegó con la fuerza debida. Según el INEGI, el año 2011 dio una tasa de crecimiento del 3.9 por ciento, pero para llegar al PIB per cápita que teníamos en 2008, necesitábamos crecer 5 por ciento. No lo logramos, y por eso entramos al 2012, no sólo con incertidumbres añadidas, sino también más pobres que cuatro años antes.

La gráfica que sigue muestra la profundidad del daño causado por la crisis financiera de 2009: tardamos dos años (ocho trimestres: del tercero de 2008 al tercero de 2010) para que la economía recuperara su tamaño pre-crisis y para que retomara el crecimiento hasta entrado el 2011.

---

<sup>12</sup> En el sentido de John Quiggin: ideas que no acaban de desaparecer a pesar de sus innumerables fallos empíricos (algunos monumentales), a pesar de haberse visto refutadas una y otra vez, resucitan también, una y otra vez. Quiggin, John. **Zombie economics: How Dead Ideas Still Walk Among Us**. Princeton University Press, New Jersey, 2010.

**PIB trimestral 2006 a 2014, millones de pesos a precios de 2008  
(serie desestacionalizada)**



Fuente: Elaboración con datos de INEGI.

Es decir: ni el estancamiento ni la inestabilidad son cosa del pasado ni de los gobiernos panistas ni de los gobiernos del periodo autoritario: son una marca de la época, un rasgo consustancial del tipo de economía que se ha construido a golpe de reformas liberalizadoras forjadas para conseguir un boleto en nuestro viaje a la globalización.

No hay que ir más lejos: un nuevo episodio de atonía y estancamiento ocurrió en 2013, el año del regreso del PRI, en el que la economía mexicana volvió a ver su menor crecimiento luego de la crisis, con una expansión de apenas 1.1 por ciento<sup>13</sup>.

Todos los datos y las tendencias obligarían a discutir cada una de las obsesiones y presupuestos de conducción macroeconómica en México: “la cultura de la estabilidad”, la inacción de la política monetaria, de la política de gasto, de la política fiscal, el santo temor al déficit, etcétera. Pero no, una suerte de satisfacción por los resultados es el legado de los últimas décadas: el último sexenio panista nos llevó a un crecimiento del nivel del peor sexenio de la era priísta. Así de simbólico (y de grave) con consecuencias para toda una generación.

<sup>13</sup> El Producto Interno Bruto Nominal (PIBN) a precios de mercado se situó en 16,451,895 millones de pesos corrientes (16.452 billones de pesos) en el primer trimestre de 2014. Lo hace en un momento en que se vuelve a acelerar la tasa de crecimiento de la población, que en 2014 ya alcanza los 118.4 millones de perosnas. Cifras oportunas, INEGI. 23 de mayo de 2014.

No obstante, la perturbadora oscilación económica que ocurrió en el último lustro, sin embargo, resulta bastante típica de lo que ha vivido México en los últimos treinta años. La simple batería de datos y correlaciones empíricas, muestra que las tres décadas que nos preceden no son el escenario de idílica estabilidad, sino de oscilaciones contingentes que bajan y suben la actividad, el empleo, la producción, el ingreso y que en sus dramáticas fluctuaciones excluyen y han vuelto más desigual a la sociedad, desde los ochenta. Los episodios característicos de nuestro tiovivo macroeconómico son bien conocidos:

- Crisis financiera generalizada en 1982
- Macro-devaluación de 1985
- Choques petroleros y cruentos planes de estabilización en 1986-87
- El desplome de las cuentas externas y del sistema bancario de 1994-95
- La recesión más larga de la historia moderna, 38 meses, entre agosto de 2000 hasta septiembre de 2003.
- Efectos de la crisis financiera en 2009: la caída más importante del producto desde los años 30, -6.5 por ciento, la peor en 77 años.
- Desaceleración desde la segunda mitad de 2012 con una virtual, nueva, recesión en el año 2013.
- La revisión estadística (siempre a la baja de 2014): el año comenzó con una expectativa de crecimiento de 3.9 por ciento, pero acabó con un 2.1 por ciento anual, es decir, apenas por encima del promedio en la década anterior.

Y en los azarosos tiempos de recuperación, un crecimiento más bien mediocre con excepciones breves (primer semestre del año 2000 y una década después, en 2010). Como afirma Fernando Cortés, no se observa un aumento de la desigualdad acelerado y sostenido (sino ciclos) en estos 30 años pero siempre sobre correcciones marginales (medidas a través de Gini) y cuya contención principal son los masivos programas sociales de asistencia mínima cuyo sostén son los ingresos petroleros, especialmente elevados a partir de 2004.

Como se ve, los treinta años que nos preceden no son un periodo de crecimiento, tampoco de estabilidad ni de seguridad. Ahora bien, los episodios de shock de 1982, 1985 y 1986 pueden ser atribuidos a la implosión de la vieja estructura estatista y proteccionista, pero las otras cuatro grandes coyunturas de crisis y depresión (1995, 2001-



2003, 2009 y 2013-2014) forman parte inocultable de la historia del modelo liberalizador<sup>14</sup>.

¿Qué ocurrió entonces? México fue uno de los escenarios principales en los que se introdujo el experimento radical de una visión de la economía y la política, un proyecto cuyo propósito explícito fue dar al traste con la economía mixta y todo su arsenal político, instrumental e intelectual. Su ambición, desde el principio, fue la de echar por tierra la suma de políticas que se construyeron después de la Gran Depresión en los años treinta y más concretamente, el “oneroso” Estado de Bienestar cobijado por el keynesianismo y los regímenes de economía mixta después de la Segunda Guerra Mundial.

No es este el lugar para abundar en torno al viraje histórico, político y moral que han envuelto las decisiones de los últimos treinta años, pero sí importa subrayar, que en todo ese periplo, a México le corresponde el dudoso mérito de haber sido la primera nación en la historia que aceptó recibir un préstamo de los organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y el Tesoro Norteamericano) a cambio del compromiso explícito de materializar un catálogo de “reformas estructurales”<sup>15</sup>.

Tras la crisis de endeudamiento de 1982, se impuso no sólo la fórmula de austeridad, no sólo la obligación de pagar el principal y sus intereses, sino un programa ideológico y económico completo: privatización, liberalización del sistema financiero, disminución de barreras arancelarias, fuertes restricciones al gasto y la inversión públicas y finalmente, contención salarial como “la llave” para el éxito de todo lo demás.

Si lo vemos bien, se trata de una utopía revolucionaria<sup>16</sup>; México se convirtió en un laboratorio donde se modeló otro tipo de sociedad, la sociedad de mercado, una sociedad autorregulada por sus intereses privados quienes sabrán armonizar lo que la política, ni el imaginado “contrato social”, ni la moral pudieron; una sociedad cristalizada en sus clases y bloqueada en su movilidad social y cuya máxima ilusión es edificar clases medias *low cost*, superando el populismo y los incipientes estructuras de un Estado de Bienestar que se consideraba así, felizmente expelido al basurero de la historia.

En los ochenta ese programa de gobierno económico (que luego se convertiría en canon doctrinario) no fue el fruto de la deliberación ni decisión de la sociedad mexicana y sus múltiples intereses. No hubo ni se buscó algún tipo de consenso. Ni siquiera disponíamos de las instituciones adecuadas para elaborarlo. De tal suerte, nuestra época económica

---

<sup>14</sup> Como sostienen Casar y Ros, la mojonera del nuevo modelo se haya “con la estabilización de la economía y el retorno de México al financiamiento voluntario en los mercados internacionales de capitales luego de la renegociación de la deuda externa a finales de los ochenta”. *Íbid*, Nexos 322, p.57.

<sup>15</sup> Harvey, David. **Breve historia del neoliberalismo**. Akal, Cuestiones de antagonismo, Madrid, España, 2007.

<sup>16</sup> En el sentido de Pierre Rosanvallon, como el “paraíso de la sociedad de mercado”. Véase, **El capitalismo utópico**. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2006.

nació asistida por fórceps, presumiendo ser la única respuesta posible a una crisis terminal del viejo modelo autoritario y corporativo. El consenso del desarrollismo mexicano se rompió. Pocos actores y pocos factores de la economía ganaron, se incorporaron o se sintieron representados en el nuevo. Así llegó el modelo de la globalización mexicana y con él, la gris era del estancamiento.

Explícitamente, se trataba de dejar atrás la economía mixta, abandonar esa mezcla pragmática de políticas e instituciones en la cual los mercados libres son reconocidos en su papel de creación de la riqueza, pero quedan sujetos a una regulación pública y un tipo de control social y político, precautorio, racional y legítimo. Gracias a ese arreglo, ajeno a las recetas, “siempre cambiante y siempre contextual”, la economía nacional y mundial pudieron escenificar la etapa de mayor crecimiento y menor desigualdad social vivida hasta el presente<sup>17</sup>.

Pero aquel pacto –práctico y teórico- entre el libre mercado y la regulación pública y el control social, saltó por los aires a finales de los setenta. Algo ocurrió en esa década que aún no comprendemos bien. Las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones trajeron posibilidades de movilidad financiera y de la riqueza local pocas veces vistas. Las reformas de Deng Xiaoping en China, pusieron a disposición de la globalización a una quinta parte de la humanidad, abaratando los productos, las mercancías y la mano de obra por tres décadas continuas y a escala mundial<sup>18</sup>. Las conocidas políticas de Reagan en Estados Unidos y de Thatcher en Gran Bretaña, permitieron la desregulación de los mercados financieros y el debilitamiento de las instituciones sociales. Todas estas decisiones y estos cambios políticos dieron pie a otro cambio, esta vez, en la forma de entender cómo funciona la economía, con la aparición de la teoría de las "expectativas racionales", la fe en la "eficiencia de los mercados" y la remoción de las normas de precaución<sup>19</sup>.

El espíritu de esta época de ruptura conservadora se autoconcibe como una edad adulta en la que hemos abandonado las ensoñaciones igualitarias. Los arquetipos y argumentos de esta concepción son efectivamente internacionales y no solamente se afirman en el plano valorativo (el interés privado es lo único que realmente existe, lo único realmente administrable), sino incluso en un plano presuncional: nuestro modo de vida es inevitable y no hay alternativa posible (en la economía, en la política, incluso en la dimensión ética de los individuos).

---

<sup>17</sup> Judt, Tony. **Algo va mal**. Editorial Taurus, Madrid, 2010.

<sup>18</sup> Greenspan, Alan. **La era de la turbulencia (aventuras en un nuevo mundo)**. Ediciones B, Barcelona, España, 2008.

<sup>19</sup> Arias Carlos y Antón Costas. **La Torre de la Arrogancia: Políticas y mercados después de la crisis**. Editorial Planeta, España, 2012.

Como documentan Arias y Costas<sup>20</sup>, a partir de esas ideas y durante esos años, el planeta entero asistió de nuevo a un proceso sostenido de aumento de la desigualdad. Algo similar a lo que ocurrió en la época dorada que precedió a la gran crisis de los años treinta. De nuevo, la liturgia de los mercados libres trajo una nueva época de exuberancia, irracionalidad, burbujas especulativas, saqueos consentidos, euforia y excesos legales e ilegales, que se desplomaron en los años recientes bajo la forma de crisis hipotecaria y financiera, quiebras masivas de grandes bancos, empresas y de los Estados, inyección de recursos públicos, rescates malogrados, desconfianza, austeridad extrema y pesimismo depresivo.

Dicho en lenguaje económico: se trata del regreso de la “fuerza de divergencia fundamental” formulada por Thomas Piketty: “el regreso de relaciones elevadas entre el acervo de capital y el flujo del ingreso nacional a lo largo de los últimos decenios”, una época en que “la riqueza originada en el pasado adquiere una importancia desproporcionada y por lo tanto una dinámica de crecimiento relativamente lenta”<sup>21</sup>.

El espíritu de esta época con sus muchas ideas fallidas ha sido exorcizado varias veces a consecuencia de las calamidades que produjo y sigue produciendo, pero no se ha ido. Su *numen tutelar* según el cual las decisiones no pueden ser más que “racionales” y por lo tanto, tomadas en un vacío moral, pervive en la cabeza de altos funcionarios económicos, de empresarios, en todos los partidos políticos (como veremos más adelante), en los medios, y en muchas universidades y escuelas de negocios.

Una vez más, traduciendo en jerga económica: hay que dar todas las facilidades para que las empresas privadas –nacionales y extranjeras- y para que los trabajadores tomen las decisiones de consumo e inversión pues ellos saben como maximizar su renta individual. Eso es lo que producirá crecimiento: la suma de decisiones racionales, es el rendimiento económico global del país. Y por eso, hay que reducir la intervención pública, contener el gasto y la inversión del gobierno, flexibilizar el trabajo y multiplicar la inversión fija y humana privadas.

Todo una época ha sido administrada bajo este paraguas hipotético: cuatro sexenios completos y un entrecortado lustro adicional; dos partidos distintos en el poder; afanosos programas de gobierno y decenas, decenas de reformas estructurales. ¿Resultado? El peor desempeño económico mexicano en casi un siglo.

---

<sup>20</sup> *Ibid.* Pp. 39-41.

<sup>21</sup> Piketty, Thomas. **El capital en el siglo XXI**. Fondo de Cultura Económica. México, 2014 (p. 41).

Entre otras cosas, México está urgido de abandonar ese modo de pensar para mirarse de otro modo<sup>22</sup>. No hay tal sobrediagnosís del país, lo que hay eso sí, es una doctrina fácil repetida infinitamente en los medios de comunicación y en las escuelas de negocios privadas. Por eso, es imprescindible construir otra comprensión de la nación que reconozca la importancia que tiene la desigualdad y el daño que provoca en el funcionamiento de la economía. Esta dificultad de cambio intelectual es uno de los factores decisivos que han impedido un diagnóstico realista de nuestro tiempo y es un componente co-causal del propio estancamiento.

Y es una de las motivaciones principales de este trabajo: las ideas económicas fallidas ya no pueden disimular su fracaso y deben ser sometidas al examen de sus resultados reales, luego de transcurridos 30 años de su expansión y su dominio.

#### **IV.- LOS RICOS NO SON SUFICIENTEMENTE RICOS, LOS POBRES NO SON SUFICIENTEMENTE POBRES.**

Por todo eso, el futuro de México no depende de conseguir más reformas estructurales, tantas y tan pronto como sea posible. Puede aceptarse que algunas hayan sido o sigan siendo importantes y también necesarias, pero si continuamos apostando por sus lejanos frutos, sin echar mano ahora mismo de la política económica -de las políticas de demanda- la historia de las tres décadas anteriores está condenada a repetirse.

Y si los siguientes 20 años la economía creciera a una tasa promedio de 3.5 por ciento (nivel que parece altísimo después de las mismas, últimas 3 décadas) podríamos aspirar a que en el año 2030 llegaríamos a un ingreso por persona equivalente a 17 mil 430 dólares, es decir, el 55 por ciento del nivel de vida que tienen hoy los españoles (con todo y crisis) y sería apenas equivalente al nivel que alcanzó Corea del Sur a principios del siglo XXI.

De llegar al futuro (2030) en las mismas condiciones, ceñidos al mismo “modelo”, entonces ya se habrá agotado el bono demográfico y la limitada riqueza generada no alcanzará para cubrir el compromiso de pensiones suficientes, en una época que los viejos representarán ya, la cuarta parte de la población.

A contrapelo, nuestro formato económico ha incubado refulgentes ganadores que ocupan lugares extraordinarios, no sólo dentro de los estándares mexicanos sino en la riqueza mundial. Los nombres de Carlos Slim, Germán Larrea, Alberto Bailleres, Ricardo Salinas, la familia Arango, Lorenzo Servitje, Emilio Azcárraga Jean o Roberto González, constituyen la cúspide vencedora del arreglo forjado a punta de reformas estructurales en los últimos 30 años. El contraste entre su trayecto y el del resto hace inevitable una pregunta: ¿por qué

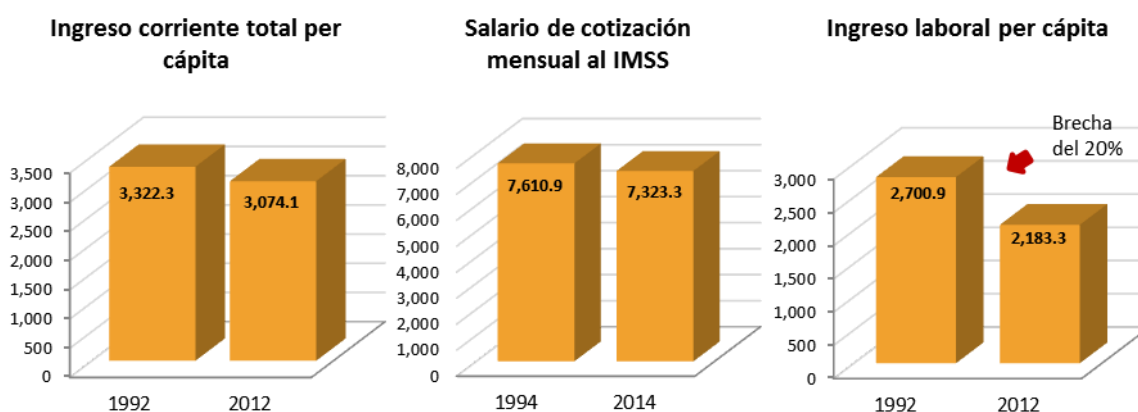
---

<sup>22</sup> Especialmente importante para emprender ese camino resulta el reciente libro de Jaime Ros, **Algunas tesis equivocadas sobre el estancamiento económico de México**. COLMEX, México, 2013.

su éxito no se ha traducido en el éxito de la economía mexicana? Estados Unidos ha tenido épocas similares de enriquecimiento inaudito en manos de unos pocos pero correlacionado con un desarrollo tecnológico y espectacular crecimiento económico del conjunto ¿Por qué en México no? ¿Qué hay en el nuevo modelo, qué hay en nuestro viaje a la globalización, qué hace que los mexicanos adinerados radiquen cada vez más en una economía totalmente diferente a la del resto del país en el que viven?

Respuesta: **porque la desigualdad es la base de la hipótesis del modelo económico** y es el supuesto que gobierna todo lo demás. Llevamos una generación completa escuchando las admoniciones precautorias acerca de las reformas estructurales asociadas a la imprescindible “contención salarial”, aumentos pausados, que ocasionalmente superan la inflación año tras año, en un largo estancamiento de los ingresos para los que trabajan en el sector formal.

Después del shock de los primeros ochenta, nuestro modelo económico ha dependido, explícitamente de reproducir un salario deprimido y un mercado laboral débil. En un texto emblemático de esta época, se argüía lo siguiente: “Deben crearse las condiciones para anclar los precios clave y los salarios nominales... porque el control inflacionario es el objetivo prioritario... al lado de la disciplina fiscal, el control de la demanda agregada y de los salarios, resultan las variables estratégicas del cambio estructural”<sup>23</sup>. Y lo que se discutía como una medida obligada, una urgencia frente a una espiral de precios desatada, al cabo, se convirtió en un componente permanente del arreglo económico bajo la forma de un precio controlado (por decreto, en el caso de los mínimos y como señal desde el “faro” para el resto de salarios)<sup>24</sup>.



Fuente: Elaboración propia con datos de CONEVAL e IMSS.

<sup>23</sup> Córdoba, José. *Diez lecciones de la reforma económica mexicana*. Nexos 158, febrero de 1991. México.

<sup>24</sup> Pocas cosas ilustran tan bien la transformación mexicana hacia la *sociedad de mercado*. Aunque la Constitución los había concebido como un derecho, el shock estructural volvió a los salarios en un precio; no solo eso: un precio debidamente atado “en función de los objetivos de inflación”.

El resultado neto, medido por CONEVAL<sup>25</sup> tras veinte años de contención salarial es el siguiente: el ingreso corriente per cápita rondó los 3 mil 100 pesos en 2012; el salario promedio de cotización mensual al IMSS los 7 mil 323 pesos, y el ingreso laboral promedio los 2 mil 200 pesos. Todas estas cifras son menores, más bajas que las de ¡1992! (primer año que ofrece cifras comparables). Abajo, por 7.5 por ciento en el primer concepto; casi 4 por ciento en el segundo y, abajo ¡en 20 por ciento por ciento! en el tercero.

En 20 años, 8 por ciento menos de ingreso promedio, sobre un ingreso que nunca llegó a ser alto. Esto no es casual, ni un efecto de composición en el juego de variables económicas: **es una decisión explícita de política económica**, que involucra a casi todos los salarios y que comienza desde su base: los salarios mínimos.

Pero ¿por qué son tan importantes los bajos salarios para el funcionamiento del arreglo económico actual? Al menos por dos razones, la primera muy poco discutida aunque decisiva: la política monetaria ha encontrado en los salarios una palanca estabilizadora asequible, utilizable, frente a la gran incertidumbre y volatilidad “natural” de la economía mexicana en la globalización. Dicho de otro modo: dado que el mandato del Banco Central es único (contener la inflación) se rehúsa a admitir devaluación alguna del tipo de cambio, bajo ninguna circunstancia y por eso cualquier política monetaria expansiva –como la que exigiría un acuerdo nacional de recuperación salarial- le resulta intransitable. Como afirma Jaime Ros: “para compensar un tipo de cambio muy apreciado, sobrevaluado sistemáticamente, se debe contener la masa salarial”<sup>26</sup>.

Y es que en México, el mandato único del Banco Central se cumple además, mediante el rígido instrumento de las “metas inflacionarias”<sup>27</sup> que privilegian casi siempre el uso de las tasas de interés para enfrentar los vaivenes y los pasajes de turbulencia financiera y/o monetaria.

Y en segundo lugar: porqué los bajos salarios son uno de los pocos atractivos con los que invita el modelo económico a radicar inversiones, un tipo de competitividad espuria para participar en el concierto industrial global, tal y como lo advirtió Fernando Fajnzylber<sup>28</sup> desde finales de los años noventa.

---

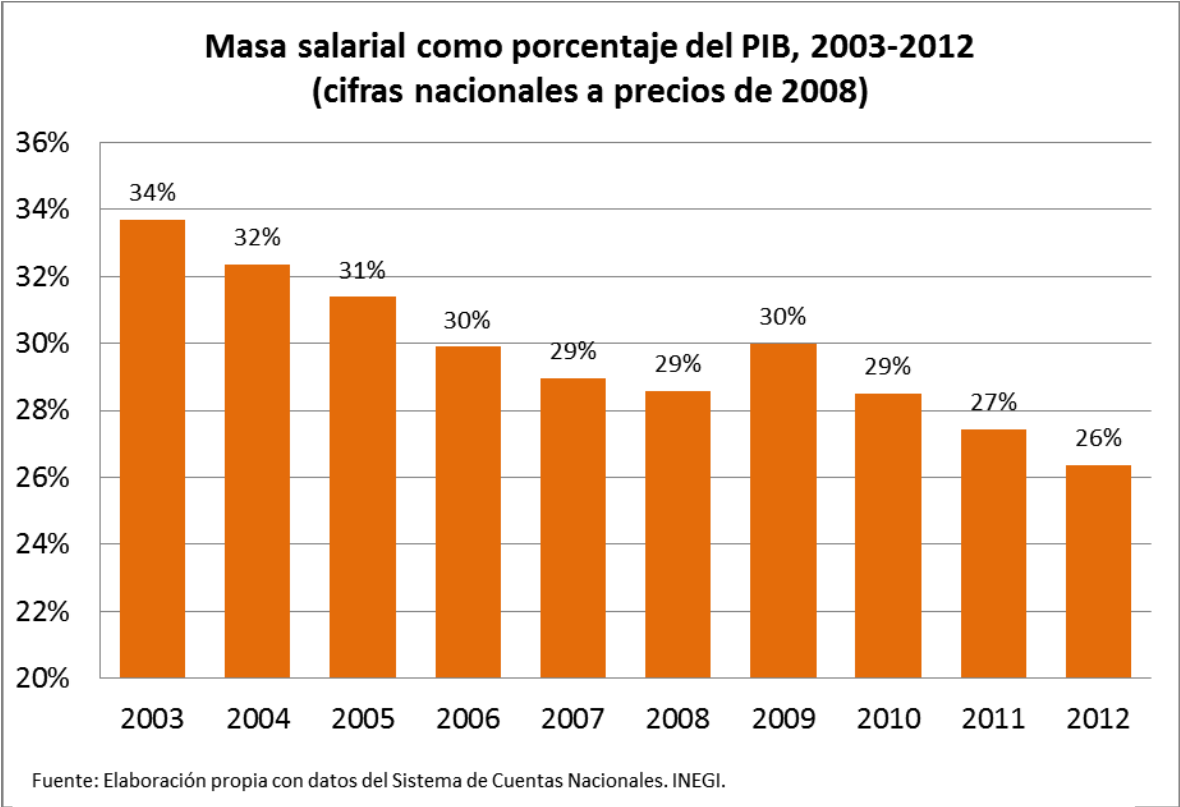
<sup>25</sup> CONEVAL. **Informe de Evaluación de la Política de Desarrollo Social 2014**.

<sup>26</sup> Véase, Ros, Jaime. op. cit. pp. 132-137.

<sup>27</sup> Desde 1999, régimen de flotación y metas de inflación multianuales constituyeron la definición estratégica del Banco de México para la política monetaria. Véase: Ortiz, Guillermo. “Reducción de la inflación y transformación de la economía mexicana”, en **Estabilidad y crecimiento económico**. Banxico, 2006. Pp. 355-357.

<sup>28</sup> Fajnzylber, Fernando. **Industrialización en América Latina: de la caja negra al casillero vacío**. Cuadernos de la CEPAL núm. 60, Santiago de Chile, 1990.

Los resultados combinados del estancamiento y políticas económicas deliberadas, han hecho de los salarios su principal ancla y por eso –en el discurso y en las decisiones- son colocados siempre al final de una larga secuencia causal, nunca cumplida: condiciones para la inversión, productividad, competitividad, crecimiento y finalmente empleo y salarios. Los efectos han sido especialmente dramáticos y duraderos en México, pues la pérdida de su peso dentro de la composición del ingreso ha seguido profundizándose a lo largo de la última década (una cuarta parte menos que en 2003), tal como se muestra en la siguiente gráfica.

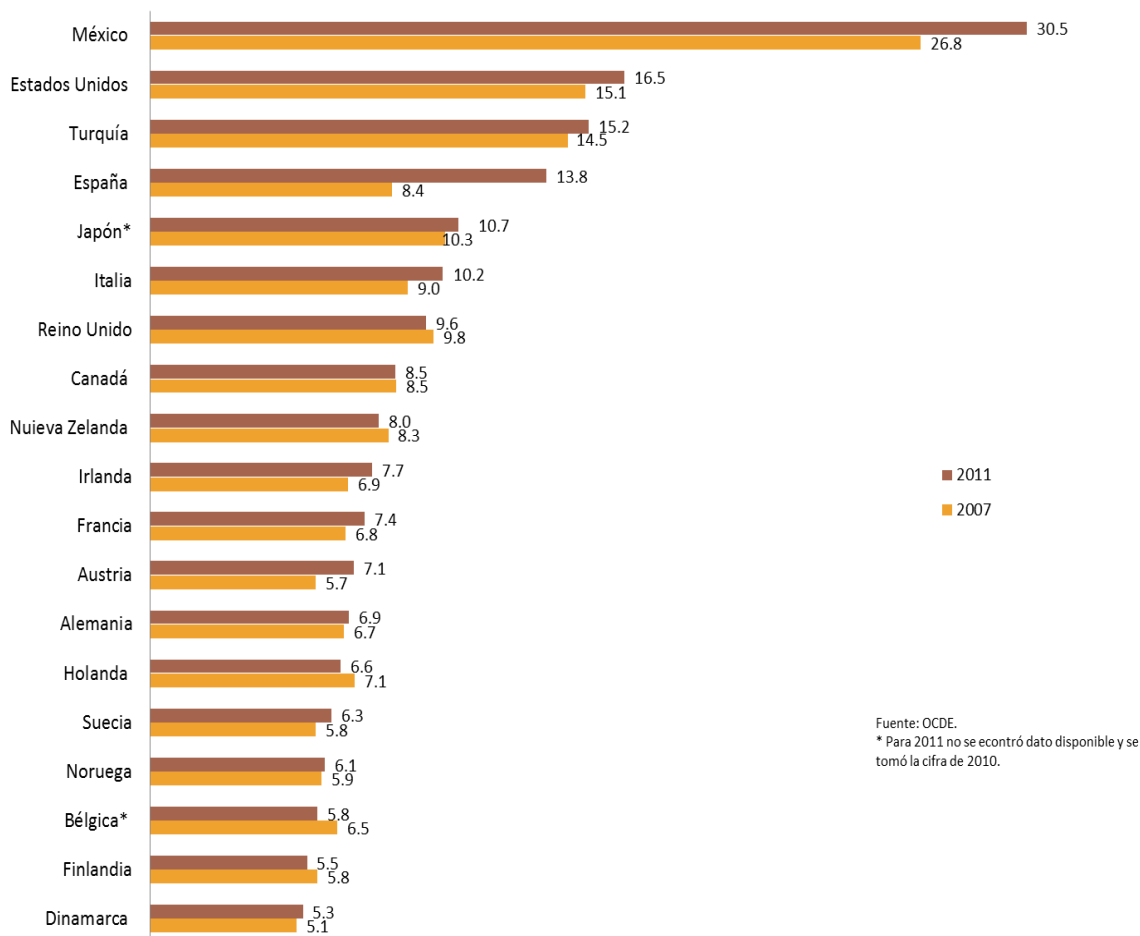


Así, México se ha convertido en el país con la relación más negativa entre ganancias de capital y salarios comparado con cualquier otra economía de su tamaño, de su estadio productivo, de América Latina o de la OCDE, una relación casi inversa a la que exhiben los países desarrollados, en donde típicamente, la tercera parte del ingreso total corresponde al capital y dos terceras a las remuneraciones de los trabajadores.

Conforme se metabolizaron los efectos de la crisis, la desigualdad se arraiga y se ensancha, mientras la economía continúa atascada. Con esta desigualdad (la de los años 2013-2014) y con las actuales tasas de crecimiento económico, México se convertirá en un país de viejos pobres antes que en un país próspero, habremos de pagar una ola de

envejecimiento de las proporciones de un país subdesarrollado con una fracción del ingreso y los recursos de un país desarrollado.

**Número de veces que es superior la renta media del 10% más rico respecto a la renta media del 10% más pobre.**

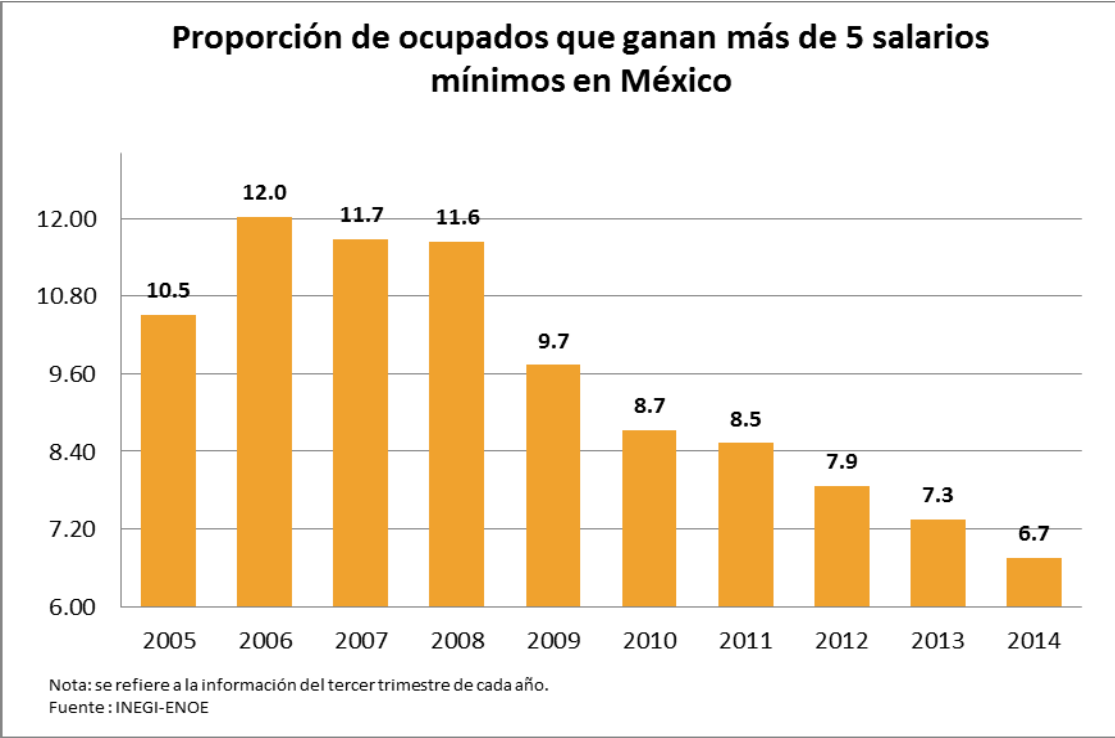


En la gráfica anterior, contenida en un estudio comparativo que explora las muchas maneras mediante las cuáles la desigualdad acaba minando el crecimiento (2014), la OCDE<sup>29</sup> muestra los remesones redistributivos en varios países. Una vez más, y por mucho, México escenifica el peor “tirón” desigualador de todas las naciones seleccionadas: en 2011, el 10% más rico recibe una porción del ingreso 30 veces más grande que el 10% más pobre. En la siguiente gráfica puede verse cómo, incluso países que vivieron más directamente y con mayor intensidad las consecuencias destructivas de la crisis, sin embargo, no alteraron tan fuertemente la estructura del ingreso nacional como si lo hicieron en México.

<sup>29</sup>[http://www.oecd-ilibrary.org/social-issues-migration-health/trends-in-income-inequality-and-its-impact-on-economic-growth\\_5jxrjncwvx6j-en;jsessionid=49gimen2rhkdg.x-oecd-live-01](http://www.oecd-ilibrary.org/social-issues-migration-health/trends-in-income-inequality-and-its-impact-on-economic-growth_5jxrjncwvx6j-en;jsessionid=49gimen2rhkdg.x-oecd-live-01)



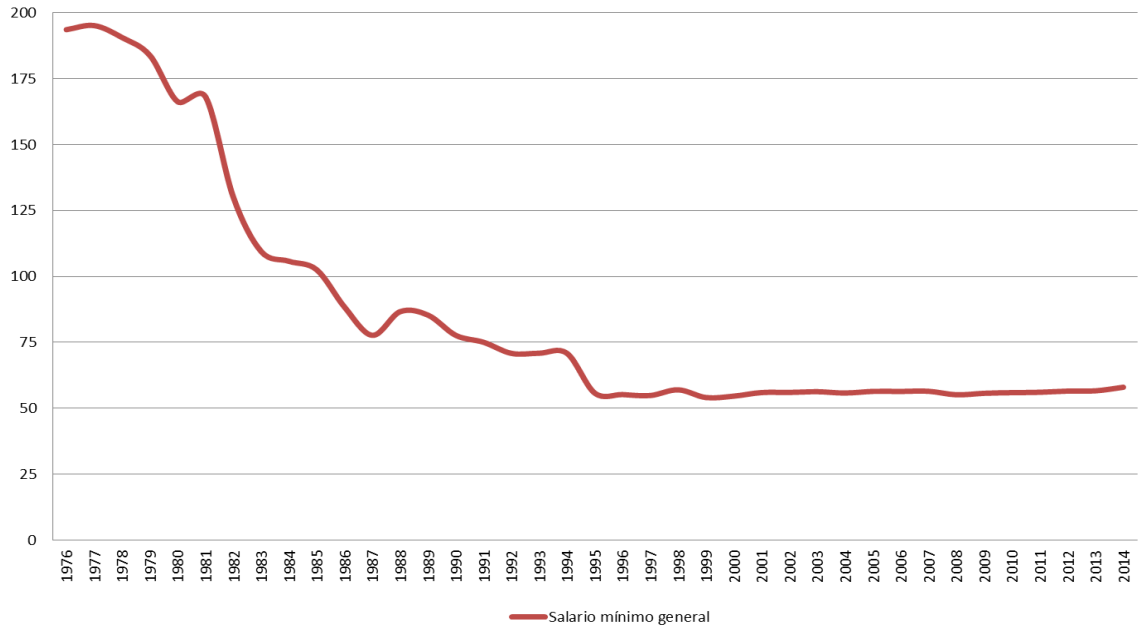
No obstante, lo peor es que esas “fuerzas fundamentales de divergencia” siguen actuando sin correcciones a un lustro de la crisis financiera. Sin política de ingresos ni de rentas ni salariales; sin correcciones tributarias, sin estructuras sólidas a favor de la equidad, la propia marcha económica de México continúa implacable: comprimiendo y estrujando al conjunto de los sueldos. En nueve años, cayó a la mitad el porcentaje de la población activa que recibe más de cinco salarios mínimos, de tal manera que hoy, el 93 por ciento de los asalariados del sector formal sobrevive con un ingreso que va de uno a cinco salarios mínimos.



La historia misma del salario mínimo es más conocida pero no menos elocuente. En casi 40 años se ha depreciado tanto, que constituye una cuarta parte del que se percibía en 1976 (una disminución de 75 por ciento). Si los términos salariales hubiesen permanecido simplemente estancados, el salario mínimo rondaría los 7 mil 567 pesos, y no los 2 mil diez pesos que realmente se pagaron en 2014<sup>30</sup>.

<sup>30</sup> Con base en la calculadora de inflación, <http://www.inegi.org.mx/sistemas/indiceprecios/calculadorainflacion.aspx>

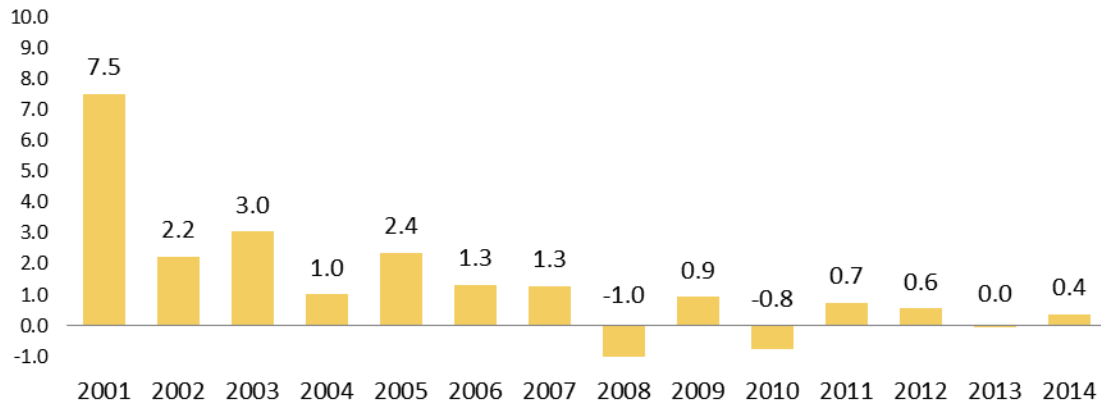
### Salario mínimo real (pesos diarios)



Nota: Deflactado con el IPC 2010=100  
Fuente: Estimaciones con base en datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática y de la Comisión Nacional de Salarios Mínimos

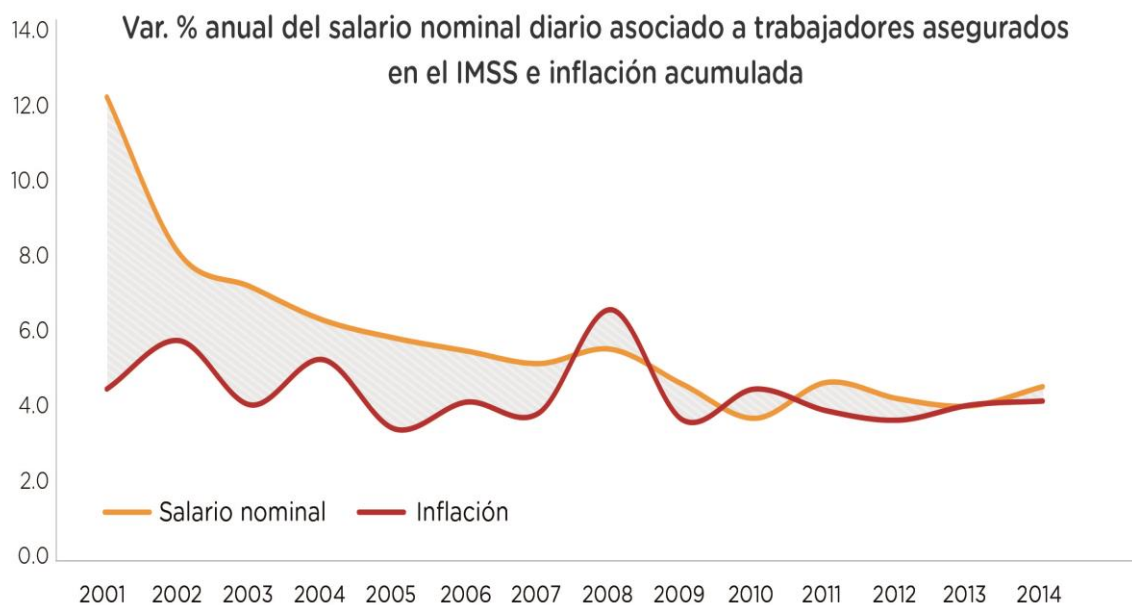
Y si observamos el comportamiento de los salarios asociados al Seguro Social, en lo que va del siglo XXI, la trayectoria es la siguiente:

### Salario diario real asociado a trabajadores asegurados en el IMSS (Var. % real anual)



Nota: Deflactado con el INPC, base segunda quincena de diciembre de 2010=100  
Fuente: Elaboración propia con datos del IMSS e INEGI.

Aumentos reales marginales, descendentes, cada vez más cercanos a cero y como correlato de todo, en los últimos años, una convergencia cada vez más explícita entre salarios medios y el aumento de la inflación. Si contrastamos la trayectoria de los incrementos salariales con la del índice de precios y cotizaciones, veremos que desde la crisis financiera los ascensos en las remuneraciones quedaron por detrás o prácticamente en línea con la inflación, para producir una nueva pérdida acumulada neta de su poder adquisitivo.



Fuente: Elaboración con datos de la STPS e INEGI.

Desde el origen mismo de la era de las reformas estructurales, México asimiló una dogmática económica de la que todavía no escapa: los salarios no se conciben como una variable con vida propia. Todo lo contrario, siempre serán un factor derivado (de la productividad, de la competitividad, de la política monetaria o del crecimiento) y por lo tanto su ascenso ha de esperar circunstancias óptimas fuera de sus propios atributos y circuitos de decisión. De esa suerte, los asalariados viven en un mundo sin escapatoria, el reino oficial de la “paz laboral”, pues en periodos de crisis o de shock, no deben protestar si el sueldo no se incrementa lo necesario o incluso sí disminuye realmente, porque suponen que será difícil encontrar otro trabajo. El punto es que esa condición –admitida así por todos- hace que la enfermedad depresiva empeore.

No es un mal exclusivamente mexicano. También en Estados Unidos se ha producido un sesgo sin precedentes a favor de los beneficios empresariales y en contra del salario. El porcentaje del ingreso nacional dedicado al pago de salarios en 2010, fue el más bajo

desde que hay estadísticas (1929). Por el contrario, a partir del 2002, los beneficios empresariales han crecido ocho veces más que los salarios y por eso los ricos han incrementado su riqueza nueve veces más deprisa que los pobres<sup>31</sup>.

En el último medio siglo, los ingresos medios del 1% más rico de norteamericanos se ha disparado un extraordinario 271%, mientras que los del 90% más pobre lo han hecho a un ritmo más de diez veces inferior, un 22%<sup>32</sup>. Según el propio Presidente Obama, la desigualdad económica en su país es comparable a la de países como Jamaica y Argentina. Los índices de pobreza, por su parte, han crecido, aunque a un ritmo menor. En 2006, la tasa era del 12,3% y desde 2010 está estancada en torno al 15%, según los datos oficiales.

En el fondo, sostiene Paul Krugman, está la cuestión salarial. ¿Por qué razón es y ha sido una apuesta tan mala y de tan dramáticos resultados? La respuesta es ésta<sup>33</sup>: supongamos que los trabajadores de la industria X aceptan un recorte salarial. Eso permite a la empresa X bajar los precios, lo que hace que sus productos sean más competitivos. Las ventas aumentan y más trabajadores pueden conservar su empleo. Así que se podría pensar que ese recorte salarial hace aumentar el empleo. Eso es cierto en el caso individual de la empresa X, pero nada más. Si por disposición general (fruto de un programa de austeridad, de un cambio estructural, de un shock macroeconómico o de un plan de estabilización, por ejemplo) se recortan los sueldos, nadie obtiene una ventaja competitiva. Así que los salarios más bajos no benefician a la dinámica general ni al crecimiento, por el contrario, la caída de los sueldos empeora los problemas de la economía en casi todos sus frentes, incluido el de creación de empleos. Si la demanda de bienes no crece, entonces no crecen las empresas, ni sus productos, ni por tanto sus necesidades de mano de obra. El estancamiento envicia el conjunto del ciclo y las cosas se deslizan infinitamente a la baja precisamente porque las empresas y los consumidores prevén que los sueldos seguirán estancados en el futuro<sup>34</sup>. Después de más de treinta años atrapados en ese credo, resulta que el costo de la mano de obra mexicana descendió hasta precipitarse en el sótano mundial.

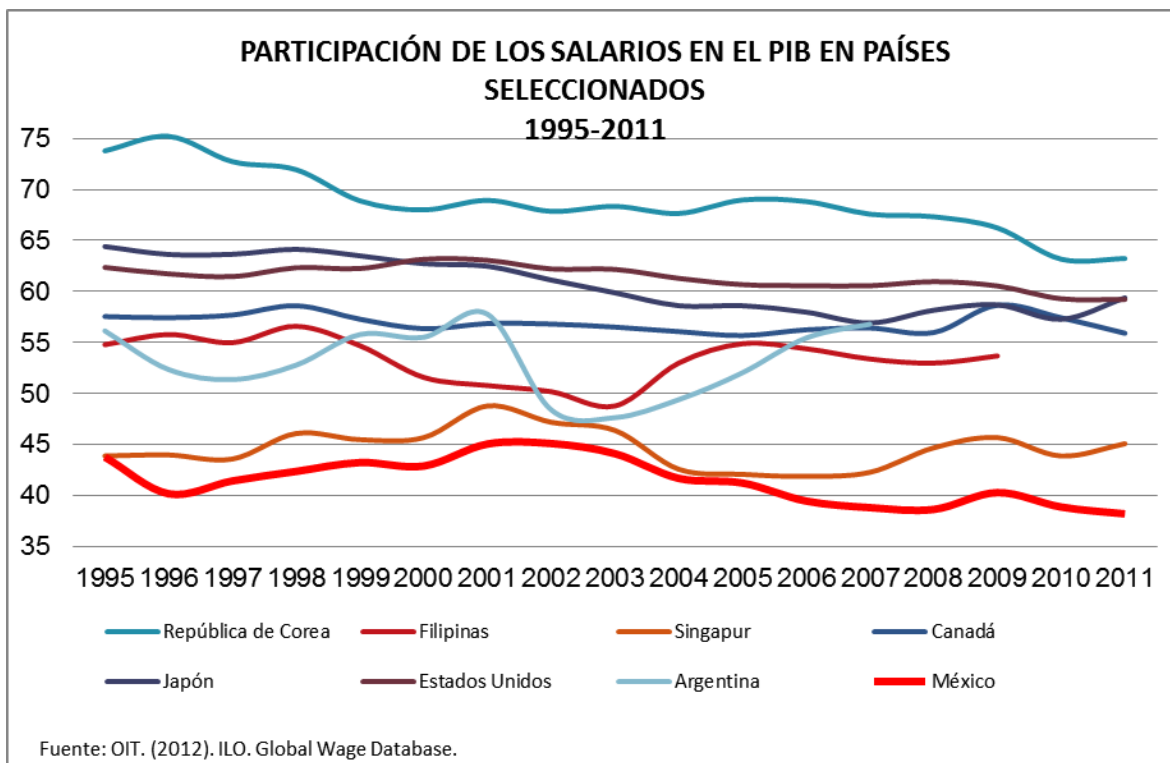
---

<sup>31</sup> Wilkinson, Richard y Kate Pickett. **Desigualdad: un análisis de la (in) felicidad colectiva**. Editorial Turner, España, 2009.

<sup>32</sup> <http://www.people.hbs.edu/mnorton/norton%20ariely%20in%20press.pdf>

<sup>33</sup> Krugman, Paul. **Después de Bush**. Editorial Crítica, Barcelona, 2007, pp. 174-176.

<sup>34</sup> Está paradoja típica del mercado de trabajo, se ilustra también con el esquema del “dilema del prisionero”, véase: **Macroeconomía del empleo y políticas de pleno empleo para México**, Julio López (Coordinador) UNAM-Porrúa, México, 1997.



En 2010, el pago por hora promedio es de 2.91 dólares, cuatro veces menor que Alemania y tres veces por debajo de lo que se paga en E.U. Alemania (con la mano de obra mejor cotizada llega a 15.32 dólares la hora); seguida por EU con 12.31 dólares; Corea, con 9.28 dólares; pero también Turquía, 4 y Brasil con 3.04 dólares por hora (precios de 2013).

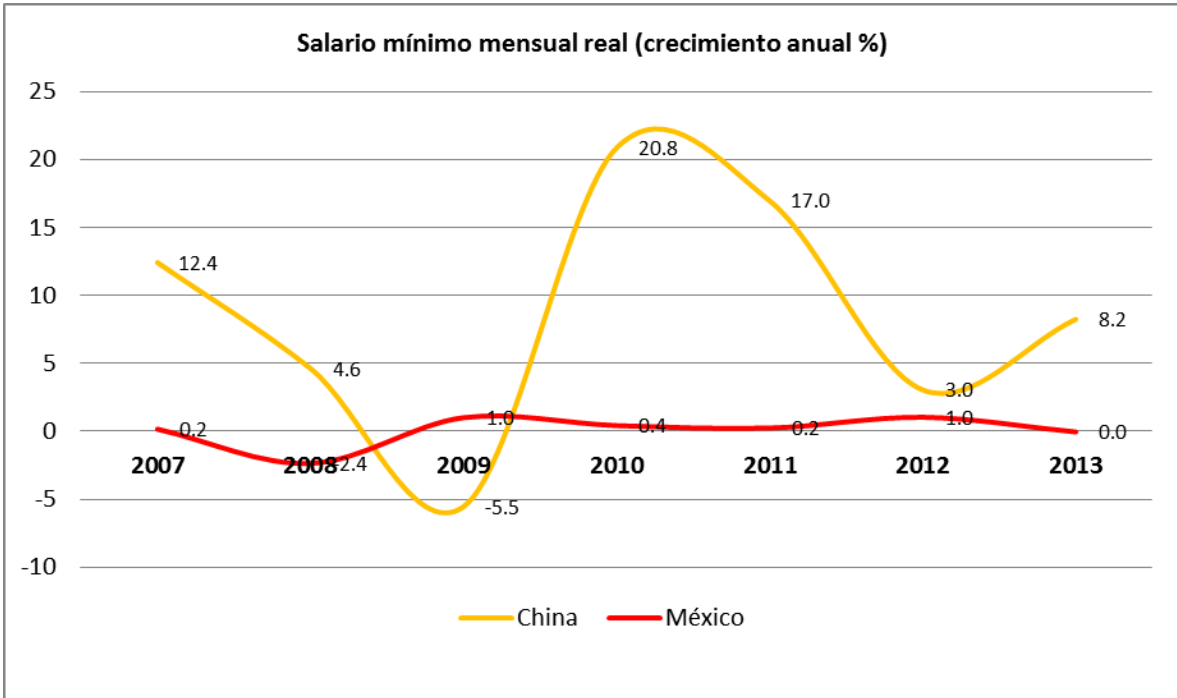
China seguía siendo –hasta 2012- la nación con la mano de obra más barata -inferior a la mexicana (1.5 dólares la hora)- pero sus salarios se incrementan a un ritmo anual de 10 por ciento desde hace una década y por eso, de no haber una corrección macroeconómica en favor del ingreso asalariado en México, nuestras percepciones acabarán siendo las más baratas de todas, más baratas que las chinas, al terminar el año 2014<sup>35</sup>. Las siguientes gráficas dan cuenta de esa dinámica igualadora en China y desigualadora en México, comenzando por los salarios mínimos<sup>36</sup>.

<sup>35</sup> **The Economist**. The rise of Mexico. 24 de noviembre de 2012.

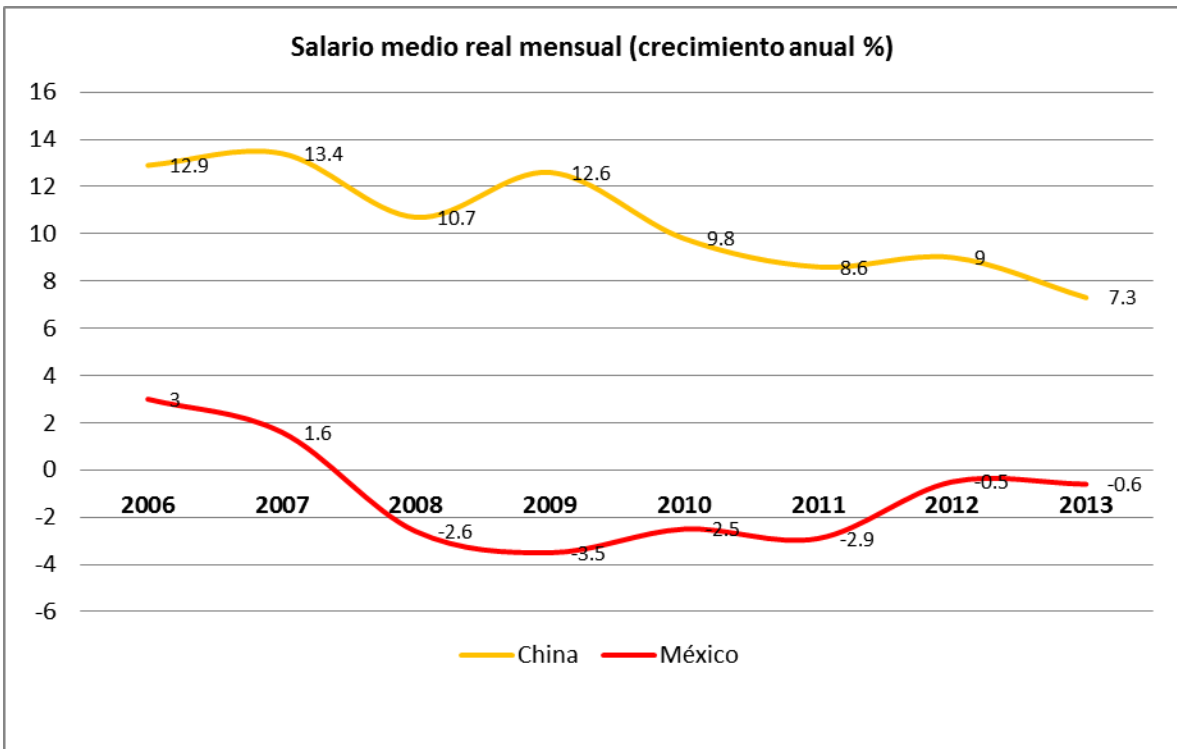
<sup>36</sup> Fuentes: ILOSTAT. Global Wage Report Database. Minimum nominal monthly wage. Disponible en: [http://www.ilo.org/ilostat/faces/help\_home/global\_wage?\_adf.ctrl-state=prczxgw9\_185&\_afLoop=216982896170657]

ILOSTAT. Global Wage Report Database. Mean real monthly earnings of employees, annual growth. Disponible en: [http://www.ilo.org/ilostat/faces/help\_home/global\_wage?\_adf.ctrl-state=prczxgw9\_185&\_afLoop=216982896170657]

Banco Mundial. (2015). Banco de datos. Indicadores de Desarrollo. China. Índice de Precios al Consumidor (Base 2010=100)

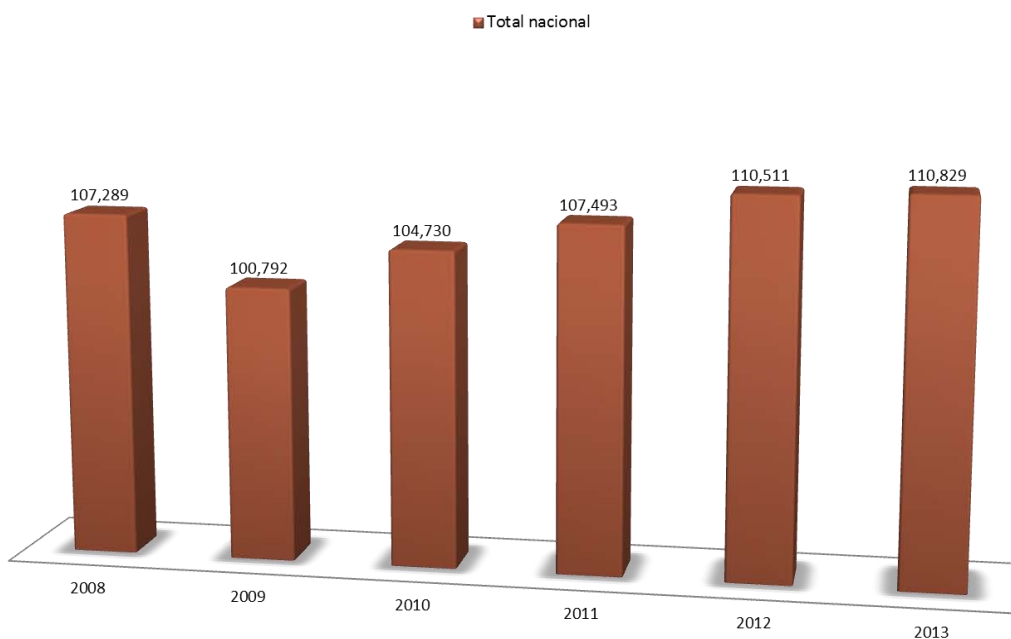


No sólo los mínimos, la misma tendencia se verifica en el conjunto, en el nivel de los salarios medios.



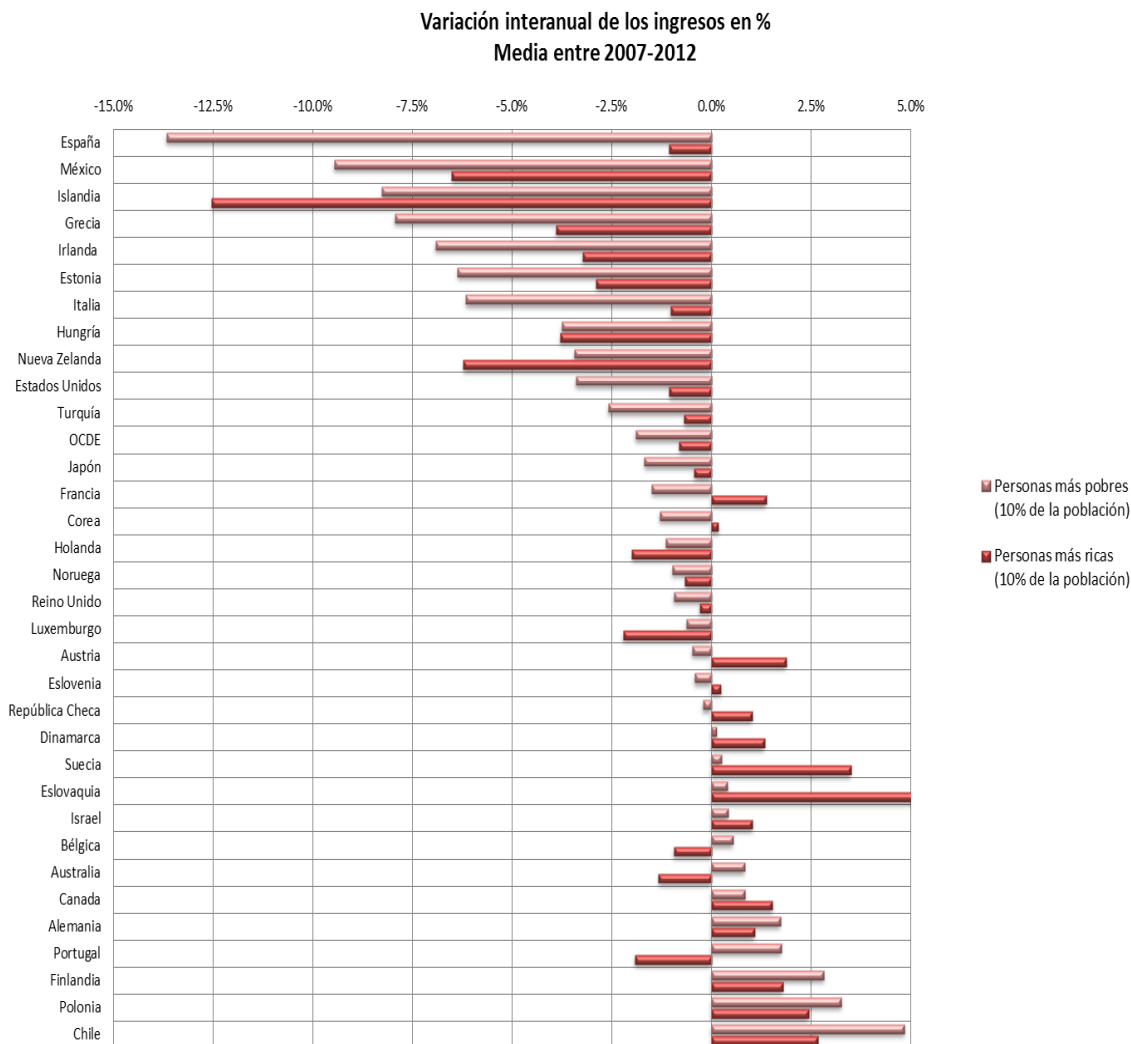
La “devaluación interna” avanza a pasos agigantados por obra y desgracia de la crisis financiera, que se ensañó especialmente en México, precisamente por la ausencia total de política salarial y de estructuras redistributivas eficientes. No hay que perder de vista que México regresó hasta el año 2011 a un producto per cápita similar al de 2008 (el tránsito hacia la crisis y su salida) y que el ritmo de crecimiento de este indicador apenas llega al 0.63% anual hasta 2013.

**Trayectoria del PIB per cápita nacional  
(pesos a precios de 2008)**



Fuente: Elaboración con datos de CONAPO e INEGI

Así, todos los datos, informes y análisis sobre el estado de la pobreza y la desigualdad muestran que la crisis y sus efectos no terminaron al comenzar la segunda década del siglo XX. El hecho más dramático es que la nueva oleada de empobrecimiento generada por la crisis, canceló la reducción paulatina de la pobreza que, con todo, México había podido sostener luego de la crisis del tequila en 1994-95. La magnitud del daño causado por la crisis de 2009 y la débil respuesta estatal, se puede ver en la siguiente gráfica comparativa: México fue el país con mayores reducciones del ingreso de sus habitantes más pobres durante la crisis, sólo detrás de España.



Fuente: OCDE

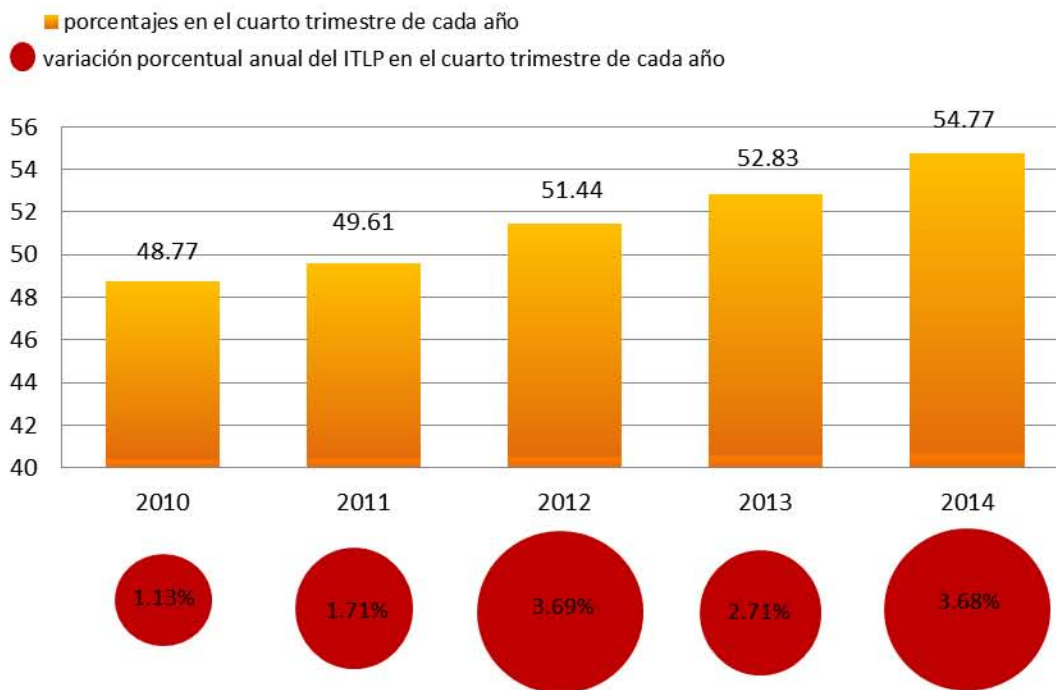
Finalmente, según CONEVAL<sup>37</sup>, en el último trimestre de 2014 los mexicanos con alguna ocupación que no alcanzaron la canasta alimentaria con su ingreso, representan el 54.77 por ciento. Puesto de otro modo, 62 millones no pueden comprar los alimentos necesarios con su ingreso principal.

Así, en materia de ingresos, México no está estancado, está peor que en el 2010, a seis años ya de la crisis financiera. Los mexicanos que trabajan, ya no pueden comprar una cuarta parte de la canasta alimentaria que si podían adquirir en el 2010 (una merma de 27 por ciento en su poder de compra). ¿Qué clase de economía y qué clase de sociedad, es ésta? El país de Lewis Carroll, en el que su gente trabajadora debe esforzarse cada vez más... para quedarse en el mismo lugar.

<sup>37</sup> Índice de la Tendencia Laboral a la Pobreza [http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/ITLP\\_ITLP\\_IS.aspx](http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/ITLP_ITLP_IS.aspx). El cálculo considera el ITLP y la población con ingreso inferior a la línea de bienestar.



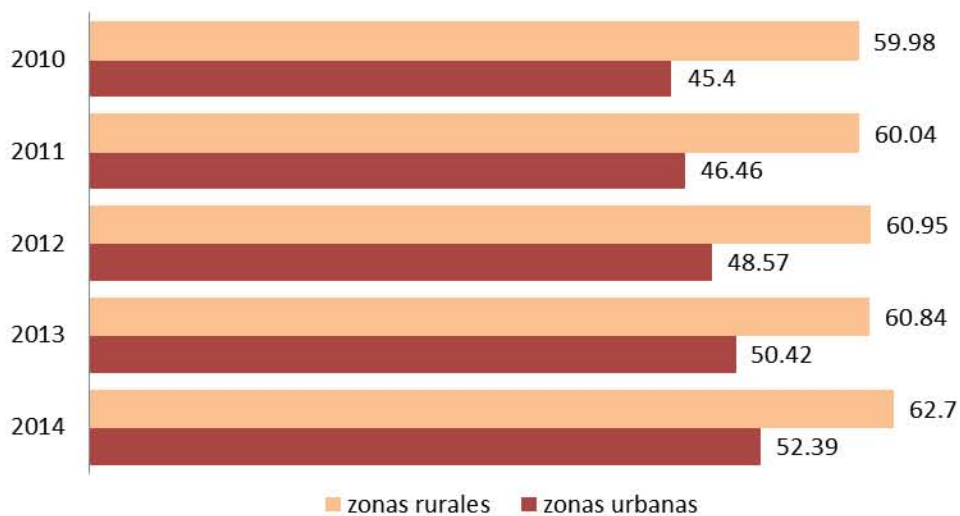
## Empobrecimiento laboral



Fuente: Elaboración propia con datos de CONEVAL.

## Índice de tendencia laboral de la pobreza

Porcentaje de personas que no pueden comprar la canasta alimentaria con sus ingresos

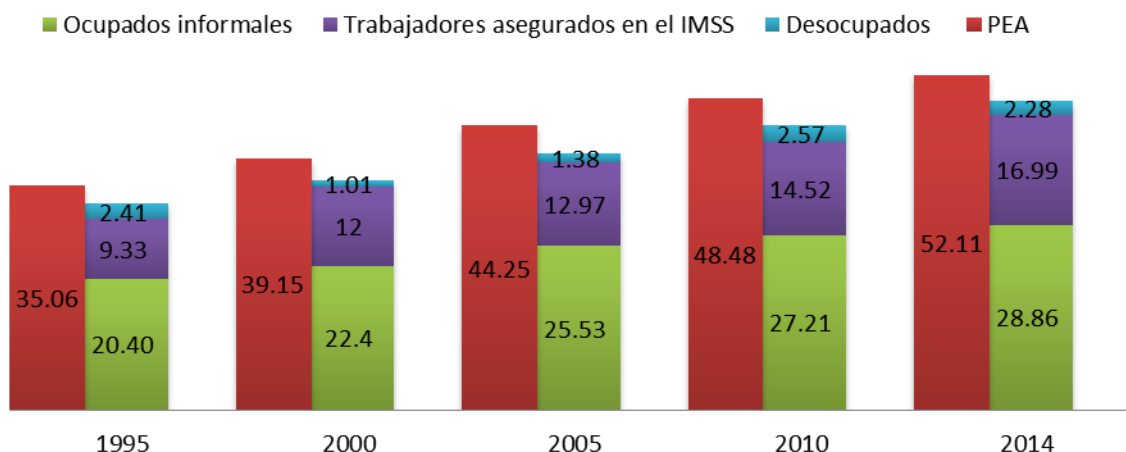


Fuente: Elaboración propia con datos de CONEVAL.

Como se puede ver en las gráficas anteriores, la pobreza laboral no ha dejado de crecer desde que se mide oficialmente y el año pasado registró uno de sus incrementos más altos, lo mismo en zonas urbanas que rurales.

La única valla de contención a la aguda reducción del ingreso son los múltiples programas sociales: pero ellos mismos penden ahora del hilo de los ingresos petroleros, que también han entrado en su propio declive. Es decir, a la vuelta de los siguientes meses –no años, meses-, incluso los programas sociales van a ser tocados por la crisis de los ingresos en PEMEX, lo que agudizará la tendencia al empobrecimiento (no sólo laboral).

### Déficit de empleo nacional, 1995-2014 (millones de personas)



Nota: Para el cuarto trimestre de 2014 se incorpora en la metodología la edad mínima para trabajar de 15 años, por lo que el INEGI aplica esta modificación a las series que van de 2005 a la fecha.  
Fuente: Elaboración con datos de INEGI y STyPS. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo y Estadísticas de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social.

La vuelta completa al círculo vicioso de la desigualdad se expresa en el empleo. Hasta el segundo semestre de 2014, ese mercado fue integrado por 51 millones de trabajadores, 9.5 millones más que en el año 2000 y 29 millones de trabajadores más que treinta años antes (cuando eran 21.9 millones, finales de 1982). Lo que vivió México a partir de entonces, es una de sus más crueles paradojas económicas: en el momento en que más rápido crecía su población trabajadora, el salario disminuía y el empleo apenas y podía responder a la oferta real de jóvenes tocando la puerta del mercado laboral. Así, en los últimos seis lustros, nuestro país pudo generar sólo una vez, en un solo año (2000), el número de empleos que demandó su mano de obra: en los restantes, fue insuficiente con siete años de pérdidas laborales netas. El resultado de casi 20 años se puede ver en la gráfica anterior, realizada con los datos de la propia autoridad laboral: poco empleo y bajos salarios, por toda un generación.

Esta situación es reconocida incluso por los estudiosos del sector privado. “Actualmente existe un rezago de empleo formal de alrededor de 20 millones de puestos de trabajo que se deriva de 14 millones de personas en el sector informal, 4 millones en el subempleo y 2.7 millones desempleadas”<sup>38</sup>. Un rezago histórico que “podrá resolverse en 50 años, si crecemos a tasas del 7 por ciento”. La “responsabilidad”, la “prudencia”, la “cultura de la estabilidad” adquiere así su verdadero rostro, como un desperdicio absoluto de recursos humanos y un empobrecimiento transgeneracional, al lado del nacimiento de 5 billonarios en 2014 para totalizar 27 en todo el país<sup>39</sup>. Por eso no es exagerado decir que en México, nunca tantos dieron tanto para tan pocos.

#### **V.- UNA REFORMA ESTRUCTURAL PARA LA REDISTRIBUCIÓN<sup>40</sup>.**

Ha llegado el momento de resumir lo que hemos dicho hasta aquí: **la desigualdad es la premisa del modelo, no su consecuencia**. Abreva de varias fuentes, pero las más significativa son los bajos salarios, y es que la política monetaria y la atracción de inversión en la economía global dependen justamente de contener la masa de remuneraciones utilizando como palanca privilegiada el control del salario mínimo.

En ausencia de mecanismos o medidas redistributivas del ingreso en la intemperie global del año 2009, México se deslizó más rápidamente que todos los países de la OCDE hacia una mayor desigualdad y regresión en el ingreso. Lo que complica las cosas y convierte a los bajos salarios en un factor co-causal de una demanda deprimida y de un menor crecimiento.

Por esa razones, no hay “reforma estructural” más urgente y pertinente para México, que un cambio en el patrón de la distribución del ingreso: un mensaje general de cohesión social luego de una generación que flota en la inestabilidad, la crisis, la inseguridad económica y los tirones de des-igualación.

La información ofrecida sistemáticamente por el CONEVAL retrata a un país cuya pobreza esencial y masiva persiste, y una sociedad que vive diversos “estados de desprotección” en sus derechos sociales fundamentales. Y no sólo eso: la mayoría de los mexicanos no puede satisfacer, con su ingreso y su trabajo, sus necesidades básicas.

---

<sup>38</sup> <http://www.ceesp.org.mx/prensa/enero%2015/7/De%2020%20millones%20el%20rezago%20de%20empleo%20formal.pdf>

<sup>39</sup> De acuerdo con la segunda edición del “Censo de billonarios 2014, Wealth-X y UBS”. En 2014 México sumó cinco multimillonarios a la lista global de individuos con ultra riqueza neta y contribuyó con 27 de los dos mil 325 hombres más ricos que existen en el mundo. El número de mexicanos con más de mil millones de dólares subió 23 por ciento, al pasar de 22 a 27 de 2013 a 2014. En conjunto, sus activos suman 169 mil millones de dólares, 32 mil millones más con respecto a los 137 mil millones de 2013, lo que ubica a México en el lugar 21 de 40 países con más multimillonarios. <http://www.elfinanciero.com.mx/economia/mexico-ya-tiene-27-billonarios.html>

<sup>40</sup> Este apartado se basa en el artículo publicado en Nexos, agosto de 2011. **La equidad reclama su reforma**, escrito por Ricardo Becerra y Enrique Provencio.

## POBREZA Y VULNERABILIDAD EN MÉXICO (2012)

Millones de personas	Condición social	Porcentaje de la población
11.5	Pobres extremos	9.8
41.8	Pobres moderados	35.7
7.2	Vulnerables por ingreso	6.2
33.5	Vulnerables por carencia social	28.6
23.2	No pobres ni vulnerables	19.8
117.3		100 %

86.9 millones de mexicanos viven con alguna carencia social (desde leve hasta los casos más extremos, hambre incluida), lo que significa el 74.1 por ciento del total. Y sólo el 19.8 por ciento de la población, 23.2 millones de mexicanos, viven sin carencias ni amenazas por inseguridad en sus ingresos<sup>41</sup>.

No son estas las cifras de un país de clase media, mucho menos si se mide por el lado de los ingresos: el porcentaje de la población mexicana en situación de pobreza por ingresos volvió a superar a la mitad de la población: 51.3 por ciento en esta condición, más que en 2002 y más que en 2008. Una vez más, fragmentación, segregación, escisión social: por un lado en los últimos treinta años se ha transformado y aumentado el consumo de muchos bienes y servicios, pero por otro, los datos de la pobreza y la desigualdad siguen exhibiendo una dura resistencia que contrasta no sólo con la experiencia de otras naciones sino también con la expectativa que teníamos de nuestro propio futuro al comenzar la era de las reformas estructurales y la transición democrática.

Aunque caben pocas dudas de que las políticas sociales bien diseñadas y ejecutadas pueden incidir y contener las fuerzas del empobrecimiento, los datos que arrojan las mediciones de los últimos 20 años muestran la insuperable correlación de la pobreza con el **no** crecimiento de la economía. Cuando la economía se contrae, la pobreza crece. Cuando la economía se expande, la pobreza desciende casi siempre sinuosa y parsimoniosamente.

De allí que la desigualdad deba ser tratada desde varios frentes: en la creación de un sistema de seguridad mínimo (incluido seguro de desempleo) y muy enfáticamente, en una política clara e intencionada de recuperación de los salarios en México.

---

<sup>41</sup> CONEVAL. **Medición de la Pobreza 2012: resultados a nivel nacional y por entidades federativas 2010-2012**. México, 2013.

En un documento del año 2011<sup>42</sup> sostuvimos que el nuevo sentido de los cambios económicos no puede ser ajeno al régimen político ni al pluralismo democrático –quizás, su principal conquista-. Decíamos que era necesario embarcarnos hacia una segunda etapa de la democracia mexicana, o si se quiere, hacia **una democracia con objetivos explícitos**. No sólo cuidar, fortalecer y actualizar las adquisiciones que tanto esfuerzo costaron, sino también, asegurar que los fundamentos sociales de la vida colectiva cobren vigencia, se construyan y se desarrollen en un estado de derechos sociales y ciudadanos<sup>43</sup>. Una democracia con un proyecto económico de bienestar.

Toda la evidencia recopilada aquí, informa claramente que en la época de las reformas liberalizadoras el crecimiento ha sido extraordinariamente errático, lo mismo que el comportamiento de los índices de distribución e incluso, el de la pobreza. Lo que se pierde en uno o dos años (por ejemplo en 1995 o en 2008–2009) tarda varios años más en recuperarse. Necesitamos poderosas políticas de protección social anticíclicas para los años recesivos, y políticas de ingresos y protección para los años de crecimiento, cuyo centro sea una estrategia deliberada de mejoras salariales. Y ese es el corazón obligado de las nuevas reformas: crecimiento sostenido y redistributivo.

En efecto, el crecimiento económico suficiente es indispensable, pero su agenda ya no puede seguir excluyendo una reforma social del Estado<sup>44</sup>, es decir, una redistribución del ingreso sostenida y desde el principio del ciclo. Los datos a largo plazo demuestran que los periodos de reducción de la pobreza producen mejoras del producto por persona, pero han sido sobre todo los años del crecimiento aparejado con mejoras distributivas, los que a su vez, añaden un impulso al propio crecimiento. En otras palabras: la igualdad social no es variable “exógena” a la ecuación del crecimiento y por el contrario, el crecimiento se ve frenado por las brechas de pobreza y desigualdad que nos dominan<sup>45</sup>. El economista Enrique Provencio ilustra estos vaivenes con esta gráfica:

---

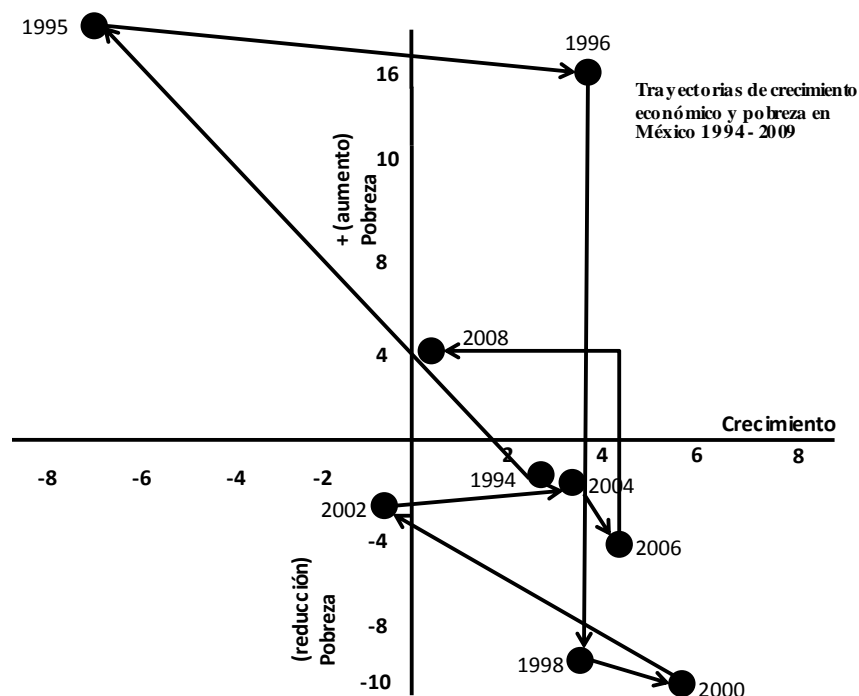
<sup>42</sup> Becerra, Ricardo (coordinador). *Íbid.*

<sup>43</sup> O en los términos propuestos por Enrique Provencio en *La cuestión social en la reforma del Estado o la reforma social del Estado*. **Configuraciones núm. 24**, julio-septiembre de 2007.

<sup>44</sup> Cordera, Rolando (coordinador). **Presente y Perspectivas**. CIDE, FCE, CONACULTA, INEHRM y Fundación Cultural de la Ciudad de México. México, 2010.

<sup>45</sup> Enrique Provencio. **La sociedad mexicana: precariedades y cambios fundamentales**. Ponencia presentada en el Seminario del Instituto de Estudios para la Transición Democrática, México, febrero de 2010

## Trayectorias de crecimiento económico y pobreza en México 1994 - 2009



Por eso es tan relevante contar con una enérgica reforma para la equidad social, al menos en tres sentidos: **dotar a los mexicanos de un ingreso que le proporcione recursos líquidos en caso de desempleo, una reconstrucción de la seguridad social centrada en la salud y una política sostenida de recuperación salarial**. Es un mensaje al mismo tiempo igualitario y democrático: por el hecho de ser ciudadano mexicano, serás incluido en una red de aseguramiento público contra los riesgos esenciales de la vida: desempleo, vejez, invalidez y enfermedad, en una economía que se desarrollará en adelante, con instrumentos redistributivos claros y bien monitoreados.

Para edificar esa “infraestructura de la equidad”, se esté o no dentro del sistema productivo, se requiere encarar la reforma estructural más largamente pospuesta, lo mismo por populistas que por neoliberales, al menos desde hace 54 años<sup>46</sup>: la fiscal. Se trataría entonces de propiciar un piso de seguridades económicas, sin condiciones, sin padrones de ningún gobierno o partido, coyotajes ni clientelas, a cambio de un cambio fiscal que permita eliminar excepciones y devolver el principio redistributivo esencial: progresividad (a mayor ingreso mayor impuesto). Se trata de una solución política que puede imaginarse así:

<sup>46</sup> Aboites Aguilar, Luis y Mónica Unda Gutiérrez (Selección y ensayo introductorio). Obras escogidas de Víctor L. Urquidi. **El fracaso de la reforma fiscal de 1961**, El Colegio de México, 2011.

- 1) Una evaluación amplia para la reformulación del gasto público nacional, en los tres niveles. Este rubro, en si mismo, es una muestra de la inercia, los pactos regresivos y el desperdicio de la renta petrolera. Entre 2000 y 2014, el gasto público ha crecido 99.1 por ciento en términos reales. Un incremento a tasa anual real de casi 5 por ciento, mientras la economía lo hizo a un ritmo de 2 por ciento. Esta multiplicación inusitada e irracional se confirma con la existencia de más de mil programas sociales dispersos, yuxtapuestos, contradictorios, creados por gobiernos de todo tipo y nivel y que en conjunto apenas y atienden algunas de las necesidades claves, para luego reconvertirlas en clientelas. Una reforma a la estructura del gasto público, es condición de la reforma fiscal, posible y abierta ahora, por el brusco descenso de los precios del petróleo.
- 2) Una subida escalonada de los principales impuestos, especialmente al Impuesto sobre la Renta (ISR). Incremento al Impuesto Empresarial a Tasa Única (IETU); del Impuesto Especial sobre Productos y Servicios (IEPS), y una tasa generalizada del Impuesto al Valor Agregado (IVA). Evidentemente, cerrando la brecha entre la tasa legal y la recaudación real.
- 3) Supresión de las exenciones y devoluciones fiscales para disminuir la evasión; cancelación del amparo fiscal, al mismo tiempo que se propicia la introducción de impuestos a los donativos y las herencias.
- 4) Inscribir al gasto dentro de la nueva estructura de rendición de cuentas del país. Introducción de estándares, prácticas e indicadores de transparencia mucho más estrictos, de carácter nacional. Nada que tenga que ver con el cumplimiento de una obligación legal, puede ser reservado o clasificado.

En esta propuesta “nadie se queda sin contribuir”, ni siquiera los más pobres. El cálculo del impacto de estas medidas en el mediano plazo (4 años) ronda, según diversos escenarios moderados<sup>47</sup>, entre 3.5 y 4.5 por ciento del PIB, pero su efecto en el crecimiento –de ser rápidamente instrumentados el seguro de desempleo universal y la infraestructura de seguridad social- convertiría a ambas medidas en una palanca importante para el propio crecimiento.

La asignatura es obligatoria: aún y con la reforma tributaria y sus frutos iniciales, en cuatro años, México seguiría abajo del promedio de la carga fiscal en América Latina (18 por ciento) pues su recaudación apenas araña hoy, el 11 por ciento del PIB.

---

<sup>47</sup> Por ejemplo, **Pactos para la igualdad**. CEPAL. Lima, Perú. 2014, ó el trabajo de la OCDE citado anteriormente, plantean escenarios de fortalecimiento rápido de .

Pero, como quiera que se vea, la reforma social es una reforma económica porque: 1) Permite brindar seguridades tangibles y líquidas a los mexicanos para encarar con menos riesgos el futuro mediano y por lo tanto mejora el marco de sus decisiones económicas; 2) fortalece el consumo nacional, al canalizar recursos masivos en el mercado interno y en la adquisición de bienes básicos; 3) permite redistribuir los costos laborales, aligerando las cargas de indemnización; 4) permitiría afrontar en otras condiciones políticas (y psicológicas) las duras reformas económicas, cuyos frutos reales aún no conocemos.

Se puede discutir acerca de las opciones para el crecimiento redistributivo, pero lo que resulta inaceptable, es la nueva entrada a ciclos de reformas que explícitamente vuelven a posponer la equidad social y la instauración de un Estado de derechos sociales<sup>48</sup>.

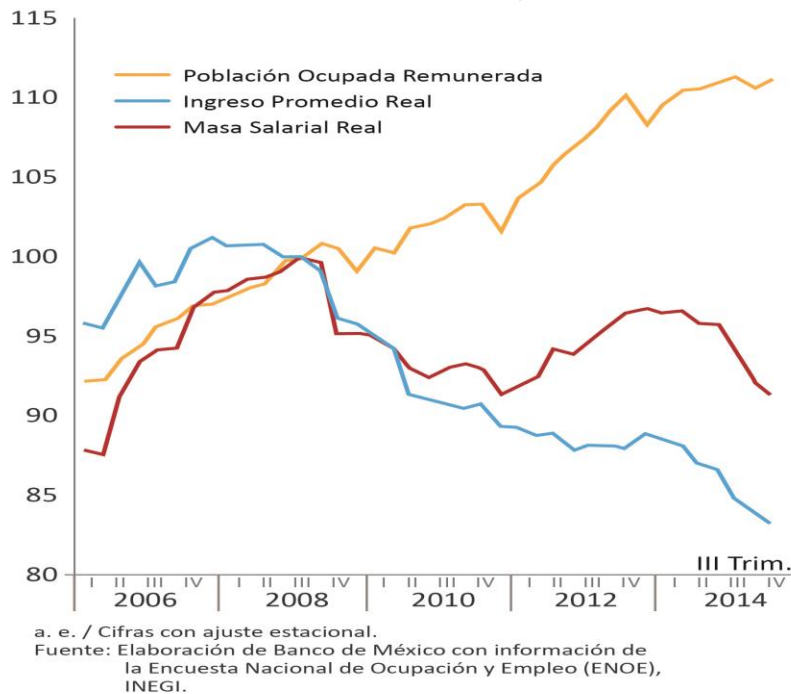
Otro aspecto vital es la política de recuperación de los ingresos, exactamente el instrumento inverso utilizado durante los últimos 35 años: la contención de los salarios. Se trata de una política de “resarcimiento histórico”, es decir, de empezar la devolución –así sea parcial- a quienes más han pagado por las crisis, la inestabilidad y en general, por el tipo de arreglo económico.

---

<sup>48</sup> Elocuente por su argumento y sobre todo por quiénes lo firmaron, resulta un desplegado aparecido en agosto de 2014 en la prensa mexicana: “El alza responsable del salario mínimo debe considerar otras variables como la inflación, la productividad, la competitividad, la necesidad de atracción de inversión y el empleo”. Signaron: Joaquín Gamboa Pascoe, CTM; Francisco Hernández Juárez, STRM; Carlos Díaz Chávez Morineau, ASA; Agustín Rodríguez Fuentes, STUNAM; Isaías González Cuevas y Mario Moreno Carbajal, CROC; Rodolfo González Guzmán, CROM y Abel Domínguez Rivero, CTC. Este “pronunciamiento” era firmado también por los otros “factores de la producción”, sector empresarial y por la Secretaría del Trabajo.



### Masa Salarial Real Total Índice I-2008=100, a. e.

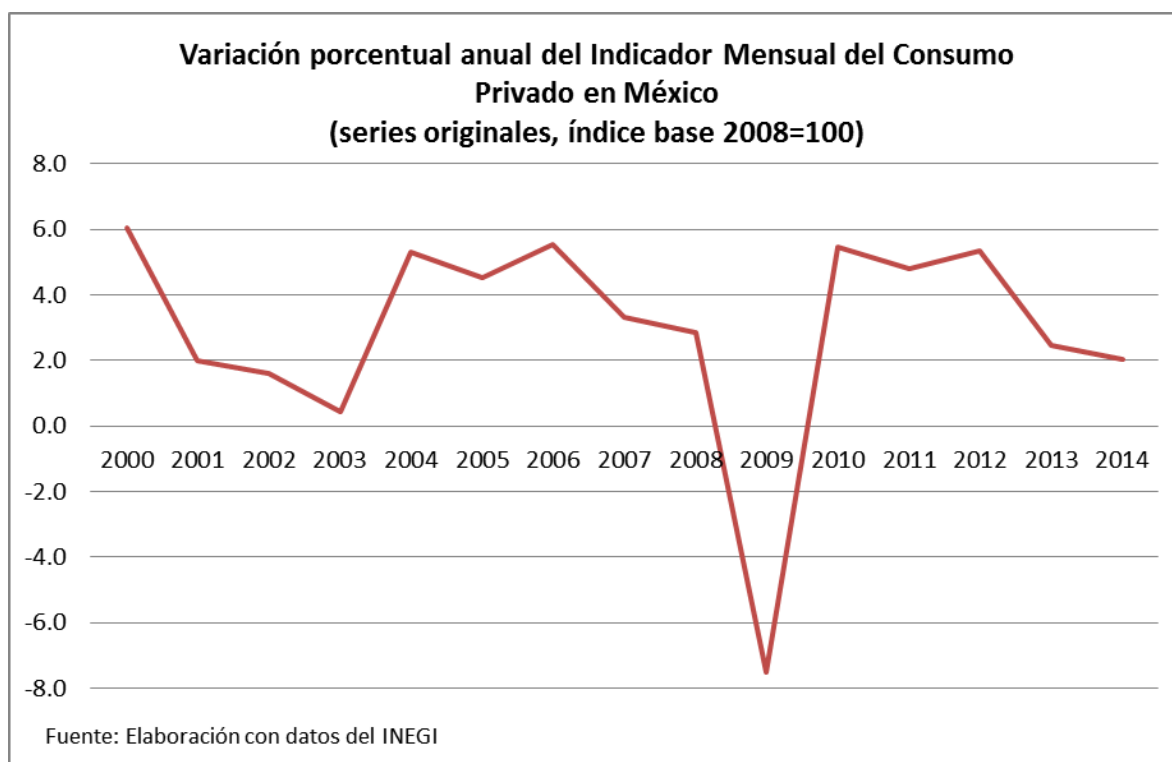


La gráfica anterior, elaborada por el Banco de México, muestra la caída de la masa salarial y del ingreso promedio real desde el año 2009, es decir un sexenio de retroceso neto de los ingresos de los mexicanos y por supuesto, de su poder adquisitivo, especialmente si tomamos en cuenta el incremento de los precios de los alimentos en el mundo.

La propuesta, también se trata de una política de impulso a la demanda interna: 35 años de virtual estancamiento económico deberían ser razón suficiente para preguntarse si esa contención del ingreso de la mayoría, no es parte sustancial de la ausencia del crecimiento. Los últimos datos parecen confirmarlo. Como es sabido desde hace 20 años, las exportaciones no petroleras se consolidaron como el principal motor del crecimiento. Cuando crecen a tasas sustanciales (más de 7 u 8 por ciento) solían arrastrar al resto de la economía, en especial al consumo interno del país. No importa –por ahora la discusión de su aportación real al PIB- porque haciendo cuentas, las exportaciones contienen a su vez un porcentaje elevado de insumos importados, de tal suerte que el resultado neto ha representado una proporción del PIB relativamente pequeña. No obstante, su dinamismo había desatado normalmente un impulso en el resto de la economía, vía remuneraciones y salarios.

Sin embargo, esta relación se debilitó. En 2014 por ejemplo vimos un desempeño extraordinario de las exportaciones no petroleras (con el sector automotriz a la cabeza) y sin embargo el consumo familiar se estancó, ya no vivió el contagio de otros años.

¿La causa? El ingreso personal disponible de los hogares ha sufrido un deterioro más que proporcional en los años de la post-crisis financiera por la vía de la creación de empleos peor remunerados, de contención salarial explícita –comenzando con los mínimos- y de alzas constantes en los precios de los alimentos que erosionan notablemente el poder adquisitivo global en el presupuesto de las familias. La gráfica<sup>49</sup> muestra que el deterioro del poder de consumo llegó en 2014 a niveles no vistos desde la recesión de hace una década, con excepción del año de impacto de la crisis financiera.



Como lo han sugerido y medido distintos estudios recientes<sup>50</sup>, no puede haber recuperación mientras que los salarios y la protección social no crezcan en paralelo con el PIB. A pesar de las reticencias del Banco de México (según las cuales una subida generalizada de salarios es inflacionaria siempre, por definición y bajo cualquier modalidad), es cada vez más evidente que la economía necesita un choque que estimule la demanda de consumo y de inversión para sostener las expectativas empresariales. Y ese choque de la demanda sólo puede conseguirse induciendo un crecimiento salarial en los siguientes años.

<sup>49</sup> Construida con base en el Indicador Mensual de Consumo Privado, que mide el comportamiento del gasto realizado por los hogares en bienes y servicios.

<sup>50</sup> Como el del FMI: La igualdad no lastima la eficiencia económica, la causalidad es incluso al revés: una mayor igualdad estimula el crecimiento a medio plazo <http://www.imf.org/external/pubs/ft/sdn/2014/sdn1402.pdf>. O el de la OCDE, que explorado el camino inverso: la desigualdad inhibe el crecimiento. <http://www.oecd-library.org/docserver/download/5jxrjncwxv6j.pdf?expires=1418328078&id=id&accname=guest&checksum=167A7E31A3622141927D5C249F3C9DD1>

En esa tesitura el debate sobre si los salarios deben crecer antes o después de certificada la “productividad” es, en gran parte, bizantino<sup>51</sup>. El retroceso salarial en México ha recortado expectativas de demanda, ha provocado que el consumo baje, que por tanto los planes de las empresas se estanquen o se achiquen, lo que a su vez, acentúa la depresión de los salarios y de la creación de empleos. Proceso global que hunde todavía más la demanda<sup>52</sup>.

Esta espiral se puede romper en una parte de la cadena: que el salario mínimo inicie una ruta de recuperación sostenida para recuperar su naturaleza: el sueldo de garantía de los trabajos peor pagados mediante un pacto nacional sostenido en los siguientes años; que su incremento deje de influir en otras negociaciones contractuales y que las empresas con beneficios inicien por obligación -y convicción- una mejora salarial, aquí sí, al menos en relación lineal con la mejora de la productividad.

Pero además, si por un momento creemos en las previsiones oficiales, según las cuales, México ha hecho ya los deberes esenciales para remover los obstáculos a su crecimiento y que éste sobrevendrá a tasas aceleradas de 6 por ciento en pocos años, resulta lógico, incluso desde ese punto de vista, que hay bases para articular otra política de rentas.

Por resarcimiento histórico, por elemental justicia, por necesidad de incrementar y acelerar la demanda interna, por cohesión social, el país debe preparar una política de ingreso, de la cual carece, a contrapelo de lo que ha ocurrido en toda América Latina a lo

---

<sup>51</sup> En una declaración reciente, en Nueva York, ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, el Secretario del Trabajo federal afirmó: “El salario mínimo en México no debe estar vinculado a otro tema que no sea la productividad”, una falacia por cuenta triple: 1) el mínimo es un precio moral, fuera del mercado por definición. Es lo que la sociedad está dispuesta a pagar a los menos calificados (por tanto, a los menos productivos); 2) que lo que ha ocurrido en México es precisamente lo contrario: la CONASAMI no ha permitido que los salarios mínimos capturen nada de su productividad, que de todos modos han ganado en las últimas décadas, y 3) que la Constitución de la República no determina a los mínimos en función a las necesidades esenciales del orden material y espiritual del trabajador. La productividad no forma parte de la consideración constitucional porque el salario mínimo es un sueldo de garantía.

<sup>52</sup> Con agudeza, Robert Skidelsky argumenta el mismo efecto descrito por Krugman, en polémica con una declaración de la Canciller alemana Angela Merkel: “Se debería haber preguntado simplemente al ama de casa suaba”, dijo la Canciller de Alemania, Angela Merkel, después del desplome de Lehman Brothers en 2008. “Os habría dicho que no se puede vivir gastando más de lo que se gana”. En esa lógica -que parece sensata- se basa la noción de austeridad (de “responsabilidad” en nuestro caso). El problema es que pasa por alto el efecto de la frugalidad del ama de casa en la demanda total. Si todas las familias frenaran sus gastos (haciendo caso a la madre Suaba), el consumo total disminuiría y también la demanda de mano de obra. Si el marido del ama de casa pierde su puesto de trabajo, la familia estará económicamente peor que antes. El caso general de esta falacia, es la “falacia de composición”: lo que tiene sentido para cada una de las familias o empresas individualmente no necesariamente da como resultado el bien del conjunto. El caso particular que J.M.Keynes determinó fue la “paradoja de la frugalidad”: si todo el mundo intenta ahorrar más o disminuir costos en los malos tiempos, la demanda agregada disminuirá, con lo que se reducirán los ahorros totales, por la disminución del consumo y del crecimiento económico. Ver: **El regreso de Keynes**. Editorial Crítica, p. 207.

largo de todo el siglo XXI<sup>53</sup> y a contrapelo del debate mundial contra la desigualdad y a favor de los salarios mínimos, luego de la crisis.

## **VI.- EL SILENCIO DE LOS CORDEROS.**

Pero ¿cuál es la viabilidad política de este programa de reforma a la sociedad mexicana? ¿Es posible que el congestionado panorama político mexicano pueda incursionar en una agenda como la descrita aquí?

Es muy improbable. Precisamente porque la desigualdad es la premisa del modelo económico. Pero es más que eso: es una premisa compartida y casi consensual en el debate económico y social mexicano: atacar las consecuencias de la desigualdad pero nunca sus fundamentos, instaurar masivos o focalizados programas sociales sí, pero no tocar la política económica que deprime intencionadamente los ingresos, salarios y remuneraciones y al cabo, el crecimiento mismo.

Entre las muchas demostraciones y demoliciones teóricas contenidas en el libro de Thomas Piketty<sup>54</sup>, las escuelas económicas tienen responsabilidad en el desdén por la desigualdad, entre otras cosas, por haberla colocado en el área de “la moral”, de la “economía normativa”, de lo “ético”, pero no científico. Tal prejuicio es el soporte nuclear de hipótesis o teorías completas y distintas.

El premio Nobel Simon Kuznets, por ejemplo, en 1955 construyó un modelo en el que la desigualdad en la distribución del ingreso aumenta “necesariamente” en las primeras etapas del crecimiento económico, cuando despega la transición de una sociedad agraria a una industrial. Sus ejemplos fueron extraídos de la experiencia de posguerra y lo expresaba en forma de “U” invertida: mientras la sociedad se mueve al desarrollo, la desigualdad crecerá inevitablemente hasta que, con los años el propio sistema económico tenderá a equilibrar las rentas. Tal conclusión ha sido y sigue siendo fundamento para justificar el orden de las prioridades político-económicas de los países: el precio de crecer –dicen- se paga con un ineluctable aumento de la desigualdad.

Incluso economistas tan ilustres como Nicholas Kaldor (autor por cierto, de un informe para México) con sus estudios sobre los tipos impositivos y la intervención estatal en las economías sostuvo que “los impuestos para ser duraderos y sostenibles deben interferir lo menos posible en el ciclo de los negocios empresariales... es necesario construir una fiscalidad basada en la tasa al gasto más que la tasa al capital o a la propiedad, porque

---

<sup>53</sup> **Política de recuperación de los salarios mínimos en México y el D.F.: propuesta para un Acuerdo Nacional.** Gobierno del Distrito Federal, México, 2014.

<sup>54</sup> Thomas Piketty, *ibid.* Pp. 220-257.

disuade el crecimiento, reduce los ahorros y la inversión”<sup>55</sup>. O sea: la manutención del Estado descansará en los impuestos no redistributivos, aquellos que no afectan las rentas altas. Por no hablar de los diversos argumentos neoclásicos que desde siempre han sostenido que la distribución de la renta es un asunto microeconómico, un problema en la “retribución de los factores”, donde los trabajadores ganan exactamente lo que su productividad personal o su utilidad marginal se los permite.

Esta avalancha teórica y política fue señalada tempranamente por J.K. Galbraith: “Pocas cosas son más evidentes en nuestra época, que el descenso del interés por la desigualdad, que su destierro de la ciencia como problema económico”<sup>56</sup>.

Luego, en épocas de shocks y crisis fiscales se configuró otro corpus: el Consenso de Washington y las políticas “centradas en la eficiencia económica” con la aquiescencia del Tesoro norteamericano, el FMI y el resto de las agencias de financiamiento multilateral. El problema central de la economía de los años setenta, decían, tiene que ver con la intervención estatal, la regulación exagerada, el entorpecimiento de la acción de los mercados: la desigualdad derivada de los planes de austeridad sería el costo a pagar para que, por fin, los países con Estados excesivos se incorporaran a la senda global de los mercados libres y al crecimiento a largo plazo. Hipótesis que tampoco ocurrió.

En un mea culpa posterior, quien fuera el animador y artífice de los principios clave del “Consenso de Washington”, el economista John Williamson, escribió: “Excluí deliberadamente de la lista cualquier cosa que fuera redistributiva porque suponíamos que las consecuencias equitativas serían un subproducto de los objetivos de eficiencia... el Washington de los años 80’s era una ciudad esencialmente despectiva en cuestiones de equidad porque entorpecerían la eficacia de las medidas de crecimiento”<sup>57</sup>.

Esta enumeración de conjeturas más o menos fallidas viene al caso porque las políticas económicas en México, de una u otra forma, han estado atadas a las visiones y prejuicios de esas corrientes económicas, al menos desde la posguerra. Kuznets, Kaldor, el Consenso de Washington (por no hablar de Arthur Laffer, con distinta respetabilidad intelectual, pero no menos influencia), todas las teorías coinciden en el precepto esencial: primero crecimiento, la igualdad es lejana consecuencia. Incluso en no pocos circuitos académicos fue expulsada por considerar que la igualdad no hace parte de la “economía científica”<sup>58</sup>.

---

<sup>55</sup> Kaldor, Nicholas. **Impuesto al gasto**. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, 1963. pp. 43.

<sup>56</sup> John Kenneth Galbraith. **La sociedad opulenta**. Ariel, España, 1960. p. 82.

<sup>57</sup> *Revisión del Consenso de Washington*, en Emmerji, Louis y José Nuñez del Arco. **El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI**. Banco Interamericano de Desarrollo. p.53.

<sup>58</sup> En el manual universitario de macroeconomía realizado al alimón por Robert J. Barro y Xavier Sala-i-Martin se afirma desde la introducción “Los determinantes teóricos y empíricos del crecimiento económico no incluyen a la distribución

Al amparo de esas tesis, se ha moldeado nuestra economía y nuestra sociedad, de las que emergen dramáticamente, episodios cada vez más cruentos y que marcan ya el clima moral de la época<sup>59</sup>.

El carácter hegemónico de estas proposiciones teóricas se expresa con especial crudeza en la política mexicana, pues “ningún otro país en el mundo ha asimilado y llevado tan lejos y tan duraderamente el programa de la sociedad de mercado”<sup>60</sup>, de tal suerte que la agenda de dos de los tres más grandes partidos políticos mexicanos (PRI y PAN) comparten –con matices y acentos- el ideario y el programa difundido por esa visión económica, aún hegemónica en México (ya no en gran parte de América Latina).

De modo que –a pesar de la democratización y de la alternancia en el poder presidencial- se constituyó una suerte de “gobierno de cártel”, caracterizado por una ausencia de oposición en el terreno económico. En palabras del desaparecido Peter Mair: “Gobierno de cártel: una situación que impera cuando no existen diferencias significativas que dividan a los protagonistas de los partidos, por muy enérgicamente que compitan por los votos entre ellos”<sup>61</sup>.

¿Y la izquierda? Muy a menudo no cumplió con sus obligaciones programáticas, y su programa sigue sin ser una pieza coherente y definida en el debate público, muy especialmente en materia económica. No obstante la izquierda partidista se opuso a buena parte de las reformas estructurales desde el principio. Podríamos decir incluso que la moderna izquierda mexicana se formó como fuerza política de importancia electoral en oposición a esas reformas<sup>62</sup>.

A pesar del viraje programático del PRI hacia el neoliberalismo en los ochenta –como ocurrió con otros partidos de masas en América Latina (el peronismo en Argentina, Acción Democrática en Venezuela, el MNR en Bolivia, etc), México no vivió ciclos de protesta social tan intensos como los ocurridos en esas latitudes, donde todos los partidos, sin distinción, acabaron hegemónizados con las reformas y el modelo de mercado. La izquierda partidista jugó un papel estabilizador del sistema de partidos (y por tanto de la democratización) al convertirse ella misma en válvula de escape al desconcierto y descontento social en éstos años. Paradójicamente, gracias a ella y a lo que representó

---

del ingreso, aunque el crecimiento tenga una importancia decisiva en el bienestar de los individuos”. **Crecimiento económico**. Editorial Reverté. Barcelona. 2009.

<sup>59</sup> Véase: **México: las ruinas del futuro**. Instituto de Estudios para la Transición Democrática. México, 2014.

<sup>60</sup> M. Blyth *Great transformations. Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*. Nueva York, Cambridge, University Press, 2002.

<sup>61</sup> Mair, Peter. ¿Gobernar el vacío? En, **New Left Review en español** 42 (enero-febrero), Madrid, 2007.

<sup>62</sup> Este argumento está ampliamente desarrollado en Roberts, Kenneth M. Reforma de mercado, *(Des)alineamiento programático y estabilidad del sistema de partidos en América Latina*. En **América Latina Hoy**, 64. pp. 163-191, Ediciones Universidad de Salamanca, 2013. Por defectuoso que sea, sí hubo un referente partidista en México con una retórica de oposición a las reformas estructurales.

durante las brutales crisis económicas en México, no derivó en descomposición del sistema de partidos.

No hay explicaciones monocausales ni unidireccionales para explicar lo ocurrido en México, pero hay grandes procesos que han marcado nuestra (mala) suerte económica. Han sido ampliamente discutidos y demostrados los efectos castrantes de la globalización al incapacitar a los gobiernos nacionales para tomar políticas económicas propias<sup>63</sup>. En lo que constituye toda una referencia para la discusión democrática y económica de nuestro tiempo<sup>64</sup>, Dani Rodrik expuso su propio “trilema”: soberanía de los Estados, democracia y globalización. Sólo dos de estas tres alternativas son compatibles entre sí en un mismo lugar y tiempo. Nunca las tres juntas. Las sociedades contemporáneas deben renunciar a decidir autónomamente su política económica, o la toma democrática de las decisiones, o integrarse en un espacio superior, como por ejemplo, un área de libre comercio o una zona de integración.

Este esquema teórico –pertinente sobre todo para el mundo en desarrollo- se ha proyectado en México, Argentina, y de modo acuciante en la Grecia de Tsipras: un nuevo Gobierno elegido democráticamente quiere y no puede habitar en las tres dimensiones a la vez: su democracia, su soberanía económica nacional y hallar un lugar en las reglas de la eurozona (*contrario sensu*, el ejemplo inglés que alienta su soberanía, en un marco democrático, pero guardando toda la distancia posible del proyecto de la Unión Europea).

El viaje mexicano a la globalización comenzó en un estadio autoritario mediante el parto inaugural de la política de estabilización, austeridad y apertura comercial, en los años ochenta. Después, el programa de la sociedad de mercado siguió su marcha con el frenético episodio reformador del salinismo, en cuyo seno se forjó el “gobierno de cártel” entre PRI y PAN, especialmente en materia económica, pero con concesiones significativas para la arena política y democrática (creación del IFE, por ejemplo). Una vez que los vientos de la democratización arrebataron la mayoría en el Congreso al PRI, y el Gobierno de la Ciudad de México pasó a manos del partido de la izquierda, la agenda casi interminable de las reformas estructurales se ralentizó, pero el cártel de todos modos siguió funcionando (privatización e individualización de las pensiones –en 1996- y la ley del déficit cero en 2005-2006, por ejemplo).

De modo que el “trilema” de Rodrik encaja y explica la economía política reciente de México porque al iniciar la era de las reformas estructurales, no existían condiciones

---

<sup>63</sup> El libro que ha explicado la configuración de este nuevo orden mundial y el ahorcamiento de los Estados nacionales es **El malestar con la globalización**, de Joseph E. Stiglitz. Taurus, España, 2002.

<sup>64</sup> Rodrik, Dani. **La paradoja de la globalización: democracia y el futuro de la economía mundial**, Antoni Bosch, Barcelona, 2012.

democráticas mínimas (primero) y después, por el componente que tanto subrayó Peter Mair (cristalizado además en instituciones perennes). “Los gobiernos de cártel han buscado refugio para sus propósitos en la seguridad que ofrecen las llamadas *instituciones del Estado*”. En este proceso, la toma de decisiones políticas ha migrado a organismos o agencias “no mayoritarias”, instituciones de élite, como los bancos centrales y ciertas agencias reguladoras que, precisamente, se diseñan para permanecer aisladas de las presiones redistributivas.

El florecimiento y multiplicación de las “instituciones autónomas” en México es un ejemplo palmario de las tesis de Mair, de esa aspiración supuestamente “ciudadana” de ser gobernada por un sistema de expertos, despolitizada, construida específicamente para excluir a los partidos, a los representantes populares y con ellos, cualquier preocupación de política redistributiva. “Estado ausente, democracia irrelevante, gobierno en el vacío, todo eso ocurre cuando la política redistributiva desaparece del escenario político”<sup>65</sup>.

A su manera –más inglés y más socialdemócrata- Tony Judt llamó la atención a quienes estaban llamados a oponerse a toda esa cristalización institucional y política: el “silencio de los corderos”, o sea, la renuncia intelectual a la agenda de la igualdad. Sentencia Judt: “quienes abdicaron de su labor al consentir y esconder la cabeza debajo del ala ante asuntos como la disminución de los impuestos a las grandes fortunas, el empobrecimiento de los salarios, los paraísos fiscales, la multiplicación de la pobreza, la desigualdad, la guerra de Irak, los ataques a las libertades civiles y al derecho internacional”. Termina Judt “...en todo el mundo, los neoconservadores generan políticas económicas brutales que frecuentemente los liberales cubren con una hoja de parra ética”<sup>66</sup>.

Los grandes propósitos nacionales, la historia, el progreso, la sociedad que caracterizaron a la política hasta después de los años sesenta del siglo pasado, forman parte del “desencanto”, aparecen desacreditadas y sin recuperación posible. A partir de los años ochenta, los años del triunfo de la revolución conservadora, nuestros objetivos colectivos son definidos en términos económicos (inversiones, control de la inflación, eficiencia, productividad, tipos de interés, índices en bolsa de valores, etcétera), como si no fueran sólo herramientas para alcanzar fines sociales y políticos. Instrumentos reconvertidos en pautas morales, suficientes y necesarias en sí mismas.

El vacío es evidente: la política económica es lo que importa y lo que se mantiene a salvo de las elecciones, de la deliberación pública, de los cuestionamientos, de la democracia misma.

---

<sup>65</sup> Mair, Peter. **Ruling the Void: Hollowing of Western Democracy**, Londres y Nueva York, Verso, 2013.

<sup>66</sup> Judt, Tony con Timothy Snyder. **Pensar el siglo XX**. Taurus, España, 2012. P.347.



Economistas que expulsaron a la redistribución de su disciplina y preocupación; partidos capturados por el pensamiento económico dominante; globalización que impone una ideología a su imagen, semejanza y conveniencia, y como expresión material de todo eso, instituciones vaticanas “libres de política”, supuestamente técnicas, dispuestas a seguir mandatos inamovibles, sin lugar alguno para la agenda de la redistribución. Esas razones explican porqué –a pesar del mensaje igualitario de su democracia- México vive hoy su “momento más desigual”.

## **VII. PERO ¿ES EL MOMENTO MÁS DESIGUAL?**

“El momento más desigual” no es una licencia retórica. Uno tras otro, múltiples informes, balances de los años posteriores a la crisis dispuestos en conjunto, parecen dibujar un paisaje material extremadamente desigual en el México contemporáneo.

Recapitemos: el salario promedio de cotización mensual al IMSS ronda los 7 mil 332 pesos; el ingreso mensual per cápita los 3 mil 100, y el ingreso laboral promedio los 2 mil 200 pesos. Todas estas cifras son menores, más bajas que las de ¡1992! (año en el que encontramos fuentes debidamente comparables). Abajo por 4 por ciento en el primer concepto; 8 por ciento en el segundo y abajo ¡en 20 por ciento por ciento! en el tercero.

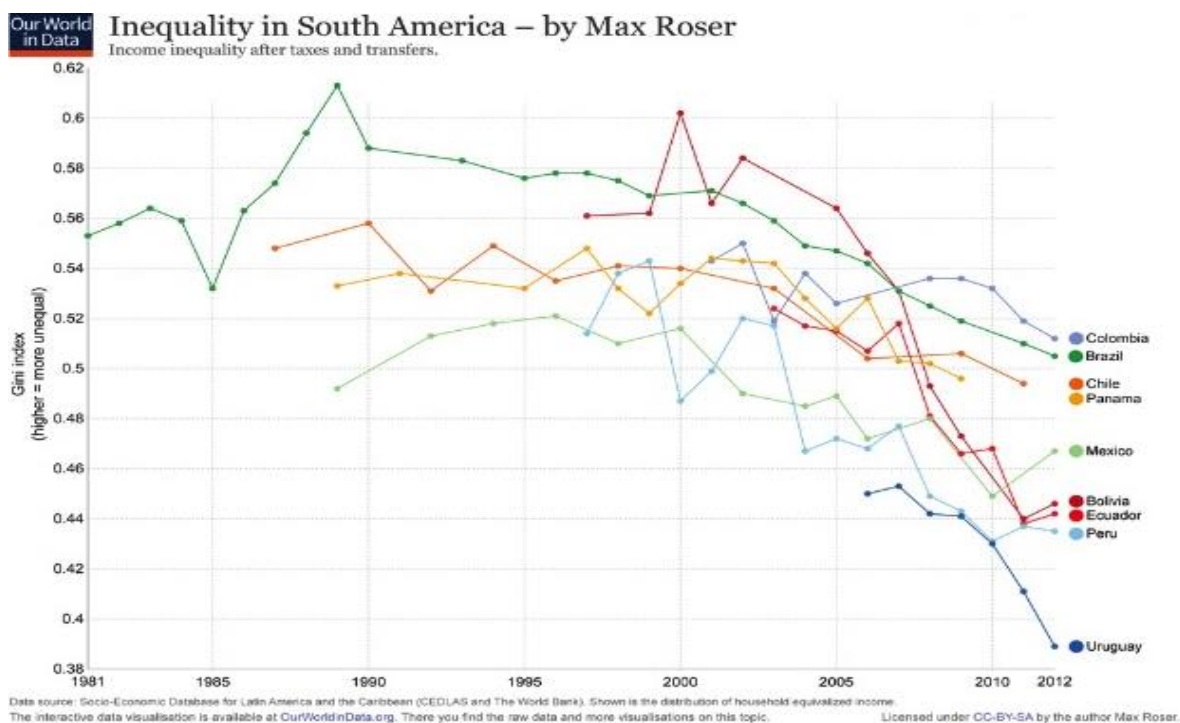
Tal y como afirmamos más arriba, si nos asomamos a las comparaciones internacionales, hallamos que México se ha convertido en el país con la relación más regresiva entre ganancias de capital y salarios, comparado con cualquier otra economía de su tamaño, de su estadio productivo, de América Latina o de la OCDE, una relación casi inversa a la que exhiben los países desarrollados, en los cuáles la tercera parte del ingreso total le corresponde típicamente al capital y dos terceras a las remuneraciones de los trabajadores. En México no: el 27 por ciento del ingreso total se lo lleva la enorme masa trabajadora, el 63 por ciento restante, los propietarios del capital.

En el estudio reciente muchas veces citado aquí (2014), la OCDE muestra los tirones redistributivos en varios países. Una vez más -y por mucho- México escenifica el peor golpe desigualador de todas las naciones: el 10% más rico recibe una porción del ingreso 30 veces más grande que el 10% más pobre. Incluso países que vivieron directamente y con mayor intensidad la crisis financiera e hipotecaria, sin embargo, no alteraron tan drásticamente la estructura del ingreso nacional. México: más desigualador que Estados Unidos, que Turquía o que España.

Aunque la evidencia es menos clara, y más allá de la dimensión propiamente distributiva (y ética) tanta desigualdad resulta muy ineficiente. Según la OCDE, la inequidad es enemiga del crecimiento: se crece menos y el crecimiento es menos sostenible. La desigualdad mexicana ha tenido un impacto negativo de 10 puntos porcentuales del PIB

durante las dos décadas que van de 1990 al 2010, según el propio Informe. En proporciones netas, la cifra asciende a 126.1 mil millones de dólares, cifra mayor incluso a las pérdidas causadas por la crisis de 1994. Dice el documento: “La desigualdad se encuentra en el nivel más alto de los últimos 30 años”, probablemente más que en todo el periodo ulterior al porfiriato<sup>67</sup>.

Hasta aquí la recapitulación. Ahora se hace necesario matizar: medida por el Coeficiente de GINI la desigualdad no aumentó en el siglo XXI –hasta 2010- muy probablemente por la existencia de las extensivas subsidios y transferencias gubernamentales. Pero es altamente posible, que el Gini arroje otro resultado al medir la desigualdad que produce directamente el mercado y que su tendencia haya variado en el tiempo de empobrecimiento sistemático acumulado desde la salida de la crisis financiera, hasta el año 2014.



En la gráfica, elaborada por el economista del Institute for New Economic Thinking at the Oxford Martin School, Max Roser<sup>68</sup>, adelanta ya una mayor desigualación con datos de 2012 en México, medido a través del Índice de Gini, lo que parece confirmar la intuición de Fernando Cortés según la cuál, a partir de la segunda década del siglo XXI, nuestro país habría entrado a un nuevo ciclo de mayor concentración e inequidad, a contrapelo de casi todos los países grandes de América Latina.

<sup>67</sup> Sólo existe una probable excepción: los años cincuenta. Ver, **Moreno Brid y Ros**, 2010, p. 280.

<sup>68</sup> Is income inequality rising or falling? March 14, 2015 by Max Roser. Blog, <http://www.maxrosier.com>

Y este es el problema mayor para los siguientes meses, no años: la desigualdad va tomar un nuevo impulso porque el país ya no dispondrá de recursos líquidos petroleros para sostener el único dique eficiente contra los tirones de desigualación. Las últimas mediciones, ya premonicionan esta dramático rebote de máyor desigualdad, más agudo en México que en cualquier otra nación de América Latina, desde 2012

Las “fuerzas fundamentales de divergencia” de Piketty se mueven en México sin correcciones, casi sin paliativos, sin instituciones eficientes. Por eso, el año de 2014 siguió erosionando al conjunto de los sueldos. En la última década, cayó a la mitad el porcentaje de la población activa que recibe más de cinco salarios mínimos, de tal manera que hoy, el 93 por ciento de los trabajadores formales sobrevive con un ingreso que va de uno a cinco salarios mínimos.

Y el salario mínimo –una de las pocas instituciones de la redistribución aun vigentes en la ley- ha sido instrumentalizado como parte del arsenal antiinflacionario y hoy mantiene un poder de compra que representa el 25% del que tuvo en su momento más alto. Ninguna nación de América Latina ni de la OCDE, soporta una realidad en sus sueldos de garantía, como lo hace México.

Por su parte el Coneval, difundió su Índice de la Tendencia Laboral de la Pobreza (ITLP) en el que se muestra que 62 millones de mexicanos no pueden comprar su canasta alimentaria con su ingreso principal; empobrecimiento que no cesa de crecer en la población ocupada.

El mercado laboral, por su parte, el empleo formal, acusa el principal fracaso histórico del arreglo económico –acaso irremediable- que ronda los 20 millones de puestos de trabajo, mismas personas activas que han derivado al sector informal (14 millones), subempleo (4 millones) y 2.7 millones desempleadas.

Y para terminar: ya en diciembre del año pasado, nuestras percepciones medias acabaron siendo las más baratas de todas las economías importantes del planeta, más baratas que la mano de obra china con sus mil 300 millones de habitantes. De las bases de datos de la OIT se desprende que en los últimos 33 años el ingreso promedio de cada mexicano creció 25 por ciento; el de un coreano en 490 por ciento; el de un chino, 1 mil 533 por ciento.

El momento más desigual, lo es, aún sin hacer caso de la recomendación de Piketty, o sea, sin echar la luz en “el mundo del milésimo superior”, donde radican las grandes fortunas,

que han nacido de las placentas del modelo económico y al mismo tiempo, inestudiables con la información oficial disponible<sup>69</sup>.

Este panorama (estancamiento secular, desigualdad extrema, salarios estructuralmente deprimidos y una democracia gobernada por un “cártel” transversal, ideológico e institucional) se matiza con el efecto de los miles de programas sociales, asistenciales y las transferencias que se instrumentan desde los gobiernos de todo tipo y nivel<sup>70</sup>. Un billón de pesos de gasto anual en programas sociales. Sin embargo, el problema capital es que la economía misma, la economía formal –ya no digamos el océano de informalidad que le acompaña- con sus muy bajos salarios, reproduce todos los días a los distintos tipos de pobreza, especialmente a la pobreza extrema.

Rumbo al final, debemos insistir: la desigualdad es la premisa del modelo, no su consecuencia. Abreva de varias fuentes, pero las más significativas son: el desempleo y los bajos salarios. Este nivel salarial no es producto de “el estadio productivo” ni de las condiciones “naturales” del mercado, sino el producto de una política económica que vive de la competitividad espuria y de un nivel de precios controlado vía la masa salarial.

Se trata de una estrategia ideologizada –una monomanía económica- que en su concepción sólo conoce una salida: más y más reformas estructurales, no política económica, no políticas de demanda, sino “creación de contextos de mercado estables”<sup>71</sup> para crear las condiciones ideales a la inversión privada.

Como ha insistido Enrique Provencio, la cuestión no es que hayamos vivido paralizados en medio de una sobrediagnósis de la economía, sino más bien, en un contexto de falta de sinceridad en ese diagnóstico, pues 1) México ha metabolizado decenas (quizás centenas), muy diversas, reformas estructurales al menos desde 1985, y lo que vivimos a estas alturas son, precisamente, sus consecuencias, no su ausencia; 2) tampoco se admite que

---

<sup>69</sup>En un importante estudio reciente a cargo de los economistas Raymundo Campos, Emmanuel Chaves y Gerardo Esquivel se remueven algunos obstáculos para poder observar mejor la extrema riqueza nacional. “La participación en el ingreso total del 1% más rico de los individuos en México es del 21.3%. El ingreso promedio anual de esos ricos es de más de 1.9 millones de pesos. Más aún, el ingreso promedio anual de los individuos en el 0.01% más alto de la distribución es de alrededor de 30.5 millones de pesos. Al comparar esos resultados con otros países encontramos que México es el país que tiene la mayor participación del ingreso de los ricos en el ingreso total y que los ricos mexicanos tienen un mayor ingreso promedio que sus contrapartes en países similares (como Argentina y Colombia).

<sup>70</sup>De hecho, el estudioso Fernando Cortés –echando mano del vasto instrumental desarrollado en torno al Índice de Gini- sostiene que hay suficiente evidencia estadística para afirmar que –hasta 2010- la desigualdad se había reducido de un modo muy modesto en México merced al aumento en el gasto social: “La relación PIB/gasto social, ha aumentado de 6 por ciento en 1990 hasta 11 por ciento en 2010”. El propio Cortés añade: “Nótese que desde la década de los ochenta cada vez que hay crisis económica la desigualdad cae, como en 1984, 1996, 2002 y 2010”, es decir, las crisis tienen un irónico efecto igualador necesariamente hacia la baja, lo que resulta consistente con lo expuesto en este ensayo. **Medio siglo de desigualdad en el ingreso en México.** (PUED, UNAM/PEI, COLMEX), ponencia presentada en el Seminario “Las desigualdades y el progreso en México: enfoques, dimensiones y medición”, México D.F., 2013

<sup>71</sup>Convencionalmente, lo que se quiere decir con “reforma estructural” es un concepto que se opone a la noción de lo “cíclico”, es decir, “algo que no puede curarse con mayor demanda”.

muchas de esas reformas han derivado en fracasos a veces estruendosos (por ejemplo la privatización bancaria, la creación de las afores o la creación de un mercado de tierras en el campo mexicano); 3) no brinda explicaciones al hecho de que los afectados por las reformas estructurales son y han sido siempre los mismos: trabajadores asalariados, urbanos y agrícolas, clases medias y pensionados, precisamente porque el modelo ha dependido de la reproducción de un mercado laboral débil y de salarios menguantes, y 4) cómo las reformas no dan resultado, la conclusión sigue siendo que... ¡hacen falta más reformas en el mismo sentido!

Al cabo, la retórica de la compulsión reformadora se ha tornado cada vez más intransigente, más enemistada con la democracia y con el pluralismo. No hablamos sólo de los voceros nativos, sino incluso de personajes de talla internacional como el premio Nobel, Lawrence R. Klein<sup>72</sup>, en cuyo libro señero afirma: "México ha logrado algunos avances en términos de reformas, pero el proceso ha sido lento y la llegada del cambio político ha interrumpido el cambio estructural". O sea, la democratización ha estorbado y complicado la feliz realización de la infinita agenda económica liberal.

Al rosario de las reformas que ya ocurrieron, hay que agregar las producidas en la coyuntura del 2013 y 2014 –especialmente la energética- cuyos resultados vuelven a ser el debilitamiento del Estado y sus empresas, y el despido de trabajadores en aras del saneamiento y de la competitividad en PEMEX.

No fue Keynes, ni el desarrollismo, la escuela que planteó por primera vez el "principio de simpatía", o sea, la idea de inyectar en las decisiones económicas la variable de inclusión y bienestar de los que han perdido (en nuestro caso, ha perdido ya una generación). Como recuerdan Antón Costas y Xosé Carlos Arias, fue Adam Smith quien invocó a la "simpatía" como el cemento que cohesiona a la sociedad de mercado.

En ausencia de una transformación en la que no pierdan los mismos, que lance una urgente onda de cohesión social (una reforma estructural para la equidad), la "agenda del cambio que México necesita" seguirá siendo el trayecto odioso de escasos resultados, cuyo sino en tres décadas ha sido sembrar malestar, ciudadanos exasperados, insatisfacción de masas y mucha inseguridad.

Que México sea un país exageradamente desigual, no es novedad; lo es –en cambio- el hecho de que está desigualdad se haya agudizado como nunca antes porque las fuerzas de divergencia actúan desde los dos polos: los ricos se han hecho mucho más ricos, y los pobres se han hecho más pobres. El impacto de la crisis en los últimos 6 años ha resultado

---

<sup>72</sup> **The Making Of National Economic Forecasts**, Pennsylvania, 2009.

desproporcionado, mucho mayor aquí que en casi cualquier otra nación comparable, por la ausencia de políticas explícitas, por la contención salarial y por la propia estructura redistributiva. Y lo peor es que los pocos instrumentos que han paliado o contenido la desigualdad, se quedarán sin fondos por la declinación de los ingresos del petróleo. Todo lo cual, anuncia que hemos entrado ya, a una nueva fase de concentración del ingreso, a aún más recalcitrante, a un histórico momento más desigual que no había conocido la modernidad mexicana.

#### **VIII.- COLOFÓN.**

En los años recientes proliferaron los libros, ensayos y balances de cien y hasta doscientos años de la sociedad mexicana. A contrapelo, este trabajo es un recorrido por el México actual, real, digamos México en su última etapa histórica (1980-2014). En ese sentido, aquí se ha propuesto el balance de una época.

Los planteamientos centrales de esta tesis constituyen debates, al mismo tiempo urgentes y de largo plazo, porque vienen de muy lejos, desde los años ochenta, y porque después del año 2012, muy probablemente México puede vivir otros años en el mismo mar de los sargazos económico.

Este ensayo sugiere que es necesario ubicar el debate nacional donde debe estar: en las consecuencias reales de un cuarto de siglo de reformas estructurales; en el urgente paso hacia la igualdad que reclama un mínimo sentido de cohesión social y en esos 18 años de vida democrática que –sin agenda redistributiva– nos ha metido en una estación confusa y decepcionante.

Este trabajo no es, ni quiso ser una mirada de toda la realidad mexicana y tampoco se propuso ofrecer un amplio catálogo de cambios; es más bien un llamado a concentrarse, a abordar los problemas centrales de nuestro presente: la desigualdad, la pobreza, la fractura social y el tipo de democracia que será capaz de elaborar su solución.

## FUENTES CONSULTADAS.

### Bibliográficas

- Aboites Aguilar, Luis y Mónica Unda Gutiérrez (Selección y ensayo introductorio). **Obras escogidas de Víctor L. Urquidí. El fracaso de la reforma fiscal de 1961.** El Colegio de México, 2010.
- Aguilar Camín, Héctor y Jorge G. Castañeda. **Una agenda para México 2012.** Punto de lectura, México, 2012.
- Arias Carlos y Antón Costas. **La Torre de la Arrogancia: Políticas y mercados después de la crisis.** Editorial Planeta, España, 2012.
- Banco Interamericano de Desarrollo. **La era de la productividad: cómo transformar las economías desde sus cimientos.** E.U., 2010.
- Barro, Robert J. y Xavier Sala-i-Martin. **Crecimiento económico.** Editorial Reverté. Barcelona. 2009.
- Becerra, Ricardo (coordinador). **Equidad Social y Parlamentarismo: balance de treinta años.** Instituto de Estudios para la Transición Democrática-Siglo XXI editores. México, 2012.
- Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg. **La mecánica del cambio político en México: elecciones, partidos y reformas.** Editorial Cal y Arena, México, 2000.
- Blyth, Mark. **Great transformations. Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century.** Cambridge, University Press. 2002.
- Boix, Carles. **Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en la economía mundial.** Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- Byrnes, Klaus. **La clase política en el Estado de partidos.** Alianza Universidad. España, 1993.
- Campos Vázquez, Raymundo, Emmanuel Chávez y Gerardo Esquivel. **Los Ingresos Altos, la Tributación Óptima y la Recaudación Posible.** Mimeo. COLMEX. Premio Nacional de Finanzas Públicas, 2014.
- CONEVAL. **Informe de Evaluación de la Política de Desarrollo Social,** 2014.
- CONEVAL. **Medición de la Pobreza 2012: resultados a nivel nacional y por entidades federativas 2010-2012.** México, 2013.
- Cordera, Rolando (coordinador). **Historia de las modernizaciones de México: Presente y Perspectivas.** CIDE, FCE, CONACULTA, INEHRM y Fundación Cultural de la Ciudad de México. México, 2010.
- Cordera, Rolando y Carlos Tello. **La disputa por la nación: perspectivas y opciones del desarrollo.** Siglo XXI editores, México, 1981.
- Cordera, Rolando (Coordinador). **1995: la economía mexicana en peligro.** Ediciones Cal y Arena, México 1997.
- Elizondo, Carlos. **Por eso estamos como estamos (la economía política de un crecimiento mediocre).** Debate, México, 2011.
- Fajnzylber, Fernando. **Industrialización en América Latina: de la caja negra al casillero vacío.** Cuadernos de la CEPAL núm. 60, Santiago de Chile, 1990.
- Friedman, Benjamin M. **The moral consequences of economic growth.** A. Knopf, Publisher, New York, 2005.
- Galbraith, John Kenneth. **La sociedad opulenta.** Ariel, España, 1960.
- Greenspan, Alan. **La era de la turbulencia: aventuras en un nuevo mundo.** Ediciones B, Barcelona, España, 2008.
- Hansen Roger D. **La política del desarrollo mexicano.** Siglo XXI Editores México, 1971.

- Harvey, David. **Breve historia del neoliberalismo**. Akal (cuestiones de antagonismo), Madrid, España, 2007.
- Hernández Laos, Enrique. **Crecimiento económico y pobreza en México (una agenda para la investigación)**. UNAM, México, 1992.
- Huntington, Samuel P. **El orden político en las sociedades en cambio**. Paidós, España, 1971.
- Judt, Tony. **Algo va mal**. Editorial Taurus, Madrid, 2010.
- Judt, Tony con Timothy Snyder. **Pensar el siglo XX**. Taurus, España, 2012.
- Kaldor, Nicholas. **Impuesto al gasto**. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, 1963.
- Klein, Lawrence R. **The Making Of National Economic Forecasts**. University of Pennsylvania, 2009.
- Krugman, Paul. **Después de Bush**. Editorial Crítica, Barcelona, 2007.
- López, Julio (Coordinador). **Macroeconomía del empleo y políticas de pleno empleo para México**. UNAM-Porrúa, México, 1997.
- Mair, Peter. **Ruling the Void: Hollowing of Western Democracy**, Londres y Nueva York, Verso, 2013.
- Maravall, José María. **El control de los políticos**. Taurus, España, 2003.
- Martínez Hernández, Ifigenia. **Algunos efectos de la crisis en la distribución del ingreso en México**. Facultad de Economía-Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1989.
- Moreno-Brid, Juan Carlos y Jaime Ros Bosch. **Desarrollo y crecimiento en la economía mexicana: una perspectiva histórica**. Fondo de Cultura Económica, México, 2010.
- Ortiz Mena, Antonio. **El desarrollo estabilizador: reflexiones sobre una época**. El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica. México, 1998.
- Ortiz, Guillermo. “Reducción de la inflación y transformación de la economía mexicana”, en **Estabilidad y crecimiento económico**. Banxico, México, 2006.
- Piketty, Thomas. **El capital en el siglo XXI**. Fondo de Cultura Económica. México, 2014.
- Quiggin, John. **Zombie economics: How Dead Ideas Still Walk Among Us**. Princeton University Press, New Jersey, 2010.
- Rodrik, Dani. **La paradoja de la globalización: democracia y el futuro de la economía mundial**. Antoni Bosch, Barcelona, 2012.
- Ros, Jaime. **Algunas tesis equivocadas sobre el estancamiento económico de México**. COLMEX, México, 2013.
- Rosanvallon, Pierre. **El capitalismo utópico**. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2006.
- Skidelsky, Robert. **El regreso de Keynes**. Editorial Crítica, Barcelona, 2009.
- Stiglitz, Joseph E. **El malestar con la globalización**. Taurus, España, 2002.
- Taylor, Lance. **Estabilización y crecimiento en los países en desarrollo: un enfoque estructuralista**. Fondo de Cultura Económica, México.
- Williamson, John. *Revisión del Consenso de Washington*, en Emmerji, Louis y José Nuñez del Arco. **El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI**. Banco Interamericano de Desarrollo. Nueva York, 1998.
- Wilkinson, Richard y Kate Pickett. **Desigualdad: un análisis de la (in) felicidad colectiva**. Editorial Turner, España, 2009.

## HEMEROGRÁFICAS

- Becerra, Ricardo. *La moral del estancamiento económico*. **Nexos núm. 356**, agosto 2007, México.
- Becerra, Ricardo y Enrique Provencio. *La década perdida*. **Reforma, 4/octubre/2010**.



- Becerra, Ricardo y Provencio, Enrique. *La equidad reclama su reforma*. **Nexos núm 392**. agosto de 2010. México.
- Casar, José y Jaime Ros. *¿Por qué no crecemos?* **Nexos núm. 322**, México, octubre, 2004.
- **CEPAL**. *Pactos para la igualdad*. Lima, Perú. 2014.
- Córdoba, José. *Diez lecciones de la reforma económica mexicana*. **Nexos 158, febrero de 1991**.
- Cortés, Fernando. **Medio siglo de desigualdad en el ingreso en México**. (PUED, UNAM/PEI, COLMEX), ponencia presentada en el Seminario “Las desigualdades y el progreso en México: enfoques, dimensiones y medición”, México D.F., 2013
- **Gobierno del Distrito Federal**. Política de recuperación de los salarios mínimos en México y el D.F. (propuesta para un Acuerdo Nacional). México, agosto, 2014.
- **Instituto de Estudios para la Transición Democrática**. *México: las ruinas del futuro*. México, 2014.
- Mair, Peter. *¿Gobernar el vacío?* **New Left Review núm. 42 (enero-febrero)**, Madrid, 2007.
- Provencio, Enrique. *La sociedad mexicana: precariedades y cambios fundamentales*. **Ponencia presentada en el Seminario del Instituto de Estudios para la Transición Democrática**. México, febrero de 2010.
- Provencio, Enrique. *La cuestión social en la reforma del Estado o la reforma social del Estado*. **Configuraciones núm. 24**, julio-septiembre, México, 2007.
- Roberts, Kenneth M. *Reforma de mercado, (Des)alineamiento programático y estabilidad del sistema de partidos en América latina*. En **América Latina Hoy, 64. 2013**, pp. 163-191, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Samaniego Breach, Norma. *La participación del trabajo en el ingreso nacional: el regreso a un tema olvidado*. **Serie Estudios y Perspectivas, Naciones Unidas**, Noviembre de 2014.
- **The Economist**. The rise of Mexico. 24 de noviembre de 2012.

## Electrónicas

- <http://www.banxico.org.mx/publicaciones-y-discursos/publicaciones/informes-periodicos/trimestral-inflacion/%7B04E111AF-C1CC-1D24-8B39-407587038A19%7D.pdf>
- Banco Mundial (2015). Banco de datos. Indicadores de Desarrollo. China. Índice de Precios al Consumidor (Base 2010=100).
- CEESP.<http://www.ceesp.org.mx/prensa/enero%2015/7/De%2020%20millones%20el%20rezago%20de%20empleo%20formal.pdf>
- CONEVAL.<http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/Evolucion-de-las-dimensiones-de-la-pobreza-1990-2010-.aspx>
- <http://www.elfinanciero.com.mx/economia/mexico-ya-tiene-27-billonarios.html>
- Índice de la Tendencia Laboral a la Pobreza  
[http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/ITLP\\_ITLP\\_IS.aspx](http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/ITLP_ITLP_IS.aspx)
- FMI. <http://www.imf.org/external/pubs/ft/sdn/2014/sdn1402.pdf>
- OCDE.<http://www.oecdlibrary.org/docserver/download/5jxrjncwvxvj.pdf?expires=1418328078&id=id&acname=guest&checksum=167A7E31A3622141927D5C249F3C9DD1>
- OCDE: [http://www.oecd-ilibrary.org/social-issues-migration-health/trends-in-income-inequality-and-its-impact-on-economic-growth\\_5jxrjncwvxvj-en;jsessionid=49gimen2rhkdg.x-oecd-live-01](http://www.oecd-ilibrary.org/social-issues-migration-health/trends-in-income-inequality-and-its-impact-on-economic-growth_5jxrjncwvxvj-en;jsessionid=49gimen2rhkdg.x-oecd-live-01)
- OIT Database (ILOSTAT), 2012. Global Wage Report Database. Minimum nominal monthly wage. Disponible en: [[http://www.ilo.org/ilostat/faces/help\\_home/global\\_wage?\\_adf.ctrl-state=prcxgw9\\_185&\\_afLoop=216982896170657](http://www.ilo.org/ilostat/faces/help_home/global_wage?_adf.ctrl-state=prcxgw9_185&_afLoop=216982896170657)]

- ILOSTAT. Global Wage Report Database. Mean real monthly earnings of employees, annual growth. Disponible en: [[http://www.ilo.org/ilostat/faces/help\\_home/global\\_wage?\\_adf.ctrl-state=prczxgw9\\_185&\\_afLoop=216982896170657](http://www.ilo.org/ilostat/faces/help_home/global_wage?_adf.ctrl-state=prczxgw9_185&_afLoop=216982896170657)]
- Roser, Max. **Is income inequality rising or falling?** march 14, 2015. Blog, <http://www.maxroser.com>